LOS HOMBRES de la historia

64

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Felipe II

Centro Editor de
América Latina

Fernand Braudel

LOS HOMBRES *de la historia* 64

Felipe II reinó sobre España durante un largo período y desde allí influyó hasta el fin en el destino de la Europa entera y del mundo.
Vida silenciosa y patética, en un siglo tumultuoso, tan violento y tan triste como su persona misma, tuvo entre sus dedos - y no en sentido figurado - los hilos esenciales de una historia en vías de hacerse sobre la escena inmensa del mundo: porque Felipe II, el rey papelero como se lo ha llamado, junto a su mesa de trabajo es la imagen, la realidad del Estado moderno. El es el corazón de España y los asuntos que maneja, que terminan en él pero también lo determinan, le dictan sus respuestas, sus decisiones o indecisiones, sus esperas repetidas, como si el tiempo trabajara para él.
Profundamente imbuido de sus obligaciones como rey, cumplió con su deber hasta el último momento de su vida con una rectitud sin igual; todo el gobierno de España y su Imperio, todo lo que la máquina gubernamental podía captar de esta enorme vida dispersa y diversa, desembocaba en ese trabajo de galeotes, ese motor que, con su ritmo, giró sin cesar.

El Rey Prudente, el hombre de la "máscara" es siempre un desafío para los historiadores que quieren aprehender su personalidad fuera del contexto histórico porque Felipe II se identifica con la España de su época; más aún, para explicarlo no puede ignorarse lo que se ha llamado la contrarreforma española: Reforma y Contrarreforma son de hecho un mismo incendio espiritual, surgido en el mismo instante de las mismas causas, de parecidos o diferentes movimientos a la vez y el rey, como Santa Teresa de Avila, como San Juan de la Cruz, como el Greco, son otros tantos elementos que determinan este proceso y a su vez se explicitan por él.

Nacido en Valladolid en 1527, murió en El Escorial en 1598 después de una vida larga y muy cambiante al frente de los destinos de España que tuvo la gloria - nunca exenta de tristezas - de dominar el mundo entero, desde las Indias occidentales hasta las Indias orientales, vale decir, de un confín al otro de la tierra.

Ultimos títulos publicados en esta colección:

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico

64. Felipe II - Los estados nacionales

Este es el tercer fascículo del tomo Los estados nacionales.
La lámina de la tapa pertenece a la sección Los estados nacionales, del Atlas

Ilustraciones del fascículo Nº 64:

Anderson: pp. 60-61 (1,2,3,4); p. 62 (1,2); p. 65 (1,2); p. 69 (1); p. 72 (1); p. 81 (2,3).
Falchi: p. 72 (2,3).
L. Perugi: p. 39 (1); p. 63 (3); p. 77 (3); p. 83 (1).
R. Bencini: pp. 66-67 (1); p. 75 (1,2).
Scala: p. 78 (2).
Ségalat: p. 69 (2); p. 70-71 (1,2,3,4); p. 78 (1).

Traducción de Haydée G. de Torres

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en agosto de 1969.

Felipe II

Fernand Braudel

1527
Nacimiento de Felipe II

1539
Muerte de su madre, la emperatriz Isabel.

1543
Felipe, Regente de España.

1545
Nacimiento de don Carlos, muerte de su madre María de Portugal.

1545-1563
Concilio de Trento.

1547
Nace don Juan de Austria (muerto en 1578).
Nace Miguel de Cervantes (muerto en 1616).

1554
Felipe se casa con María Tudor; hereda el Milanesado, Nápoles y Sicilia.

1555
Paz de Ausgburgo. Primera abdicación de Carlos V.

1556
Tregua de Vaucelles entre Francia y España. Carlos V se retira a España. Felipe II rey de España.

1557
Primera bancarrota financiera de Felipe II. Batalla de San Quintín.

1558
Muerte de Carlos V y de María Tudor.

1559
Paz de Câteau-Cambrésis.

1560
Una flota hispano-italiana es derrotada en Djerba.

1561
Madrid es capital.

1562
Soldados españoles en la batalla de Dreux.
Nace Lope de Vega (muerto en 1635).

1563-1584
Construcción del Escorial.

1564
Toma del Peñón de Vélez.

1565
Los turcos sitian Malta.

1566
Abril: "Banquete de los Gueux" [Mendigos].
Agosto: Sublevación de los iconoclastas.

1566-1572
Conquista de las Filipinas (el nombre le fue dado en honor de Felipe II).

1567
El duque de Alba en los Países Bajos.

1568
Muerte de don Carlos y de Isabel, *Reina de la paz.*
Revuelta de Granada.

1568-1580
Don Francisco de Toledo, virrey del Perú.

1570-1571
Guerra de Chipre.

1571
Liga Santa. Victoria de Lepanto.

1573
Don Juan de Austria toma Túnez.
Reclamo del duque de Alba. Paz turco-veneciana.

1574
Toma de la Goletta y reconquista de Túnez por parte de los turcos.

1575
Segunda bancarrota de Felipe II.

1576
Saqueo de Amberes. Don Juan de Austria gobernador de los Países Bajos.

1577-1581
Viaje de Drake alrededor del mundo.

1578
Muerte de Don Sebastián de Portugal en Alcazar Kébir.

1579
Unión de Arras; unión de Utrecht.

1580
Muerte del cardenal Enrique; conquista de Portugal por el duque de Alba.

1581
Apología de Guillermo de Orange.

1585
Alejandro Farnèse reconquista Amberes.

1586
Incursión de Drake contra la América española.

1587
Ejecución de María Estuardo.

1588
La Armada Invencible.

1589
Asesinato de Enrique III de Francia.

1590
Farnèse obliga a Enrique IV a levantar el sitio de París.

1593
Conversión de Enrique IV.

1595
Enrique IV declara la guerra a España.

1596
Saqueo de Cádiz. Tercera bancarrota de Felipe II.

1598
Paz de Vervins. Muerte de Felipe II.

Felipe II

Felipe II de España nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527 y murió en el Escorial el 13 de setiembre de 1598, después de un larguísimo reinado. Las abdicaciones sucesivas de su padre Carlos V, lo habían puesto en posesión de Nápoles y Sicilia en 1554, de los Países Bajos en 1555, de las coronas de España en 1556. Y con España, del Nuevo Mundo, las Indias de Castilla y sus "tesoros". Reinó más de cuarenta años y a través del conjunto de sus posesiones, influyó hasta el fin en el destino de la Europa entera y del mundo. Así se encarnó en él una grande, una monstruosa fuerza de la historia.

De allí que todo estudio sobre él corra peligro de caer en el error. No porque Felipe II no sea un verdadero *protagonista*, es decir, un hombre que haya hecho la historia de su tiempo y, más aún, preparado la del porvenir. Sobre este punto no existe duda alguna: dominó a sus contemporáneos con todo el enorme peso de su poder y el inigualado de la España imperial. Pero en el centro de esta inmensa trama, quién haya sido en realidad Felipe II se nos escapa, tanto a nuestra curiosidad como a nuestro juicio. El hombre, el hombre de carne y de pasión, que seguramente fue como cualquier otro, está ausente, sordo a los llamados insistentes que un historiador después de otro le han dirigido, tentados por su enigmática figura. Más de cuarenta años hace que me ocupo del silencioso personaje y de documento en documento, he tenido mil veces la ilusión de hallarme a su lado, junto a su mesa de trabajo donde pasó sus mejores días de poder. Y sin embargo, no lo conozco más que mis predecesores. Como ellos, debo contentarme con sorprenderlo en ciertos momentos de su existencia. Sorprenderlo... sin jamás estar seguro de haberlo comprendido. De allí una imperiosa precaución desde el punto de partida: rechazar en bloque la monstruosa acumulación de injurias y de elogios de que ha sido objeto. Amigos y enemigos, lo han sepultado literalmente bajo un cúmulo de relatos engañosos. Toda una serie de leyendas "negras" —y no sólo aquella de la que se habla desde el libro justiciero del danés Charles Bratli, aparecido en 1912— se opone a las leyendas "doradas" igualmente inaceptables. En consecuencia, en lo que concierne a Felipe II, habrá que realizar una necesaria, saludable y total limpieza. Y después de ella, comenzar de cero.

Pero ya lo hemos dicho: nada nos asegura de antemano que podamos penetrar en ese corazón defendido con tres llaves. Tal vez el único modo de jugar honestamente esta partida tan difícil, sea afirmar tan sólo aquello que se presente a la luz de una historia únicamente fiel a la verdad *aprehensible*.

Al mismo tiempo, es evidente que no podremos eludir los dramas exteriores en los cuales esta vida silenciosa y patética se vio hasta el fin comprometida y consumada. Más aún, es necesario conocer con certeza, hasta qué punto pesó su vida en un destino tan grandioso que a menudo, por su grandeza misma, lo habrá sobrepasado largamente.

De este drama, el lector ya conoce los acontecimientos mayores: la victoria de San Quintín (10 de agosto de 1557) que abre al ejército español —inútilmente por otra parte—, el camino de París; la paz sin sorpresas de Câteau-Cambrésis (1º-3 de abril de 1559), paz sin vencedor que reconcilia el Valois con Habsburgo y que aproximadamente durará una treintena de años (de cualquier modo, un tratado importante, puesto que *duró*); la guerra de los Países Bajos, esbozada en 1566, en 1567, iniciada por fin con tanta fuerza en 1572 que duró lo que el reinado de Felipe II y lo sobrevivió; la prestigiosa victoria naval de Lepanto en las aguas del golfo de Corinto (7 de octubre de 1571), lograda por las fuerzas combinadas de italianos y españoles sobre el Turco; la ocupación de Portugal y anexión de su imperio (1580-1582); el desastre de la Armada Invencible (agosto de 1588) por obra de los brulotes y navíos ingleses de Isabel, frente a los bancos de arena de la costa de Flandes, desastre —digámoslo enseguida— que no quiebra de golpe y de una vez por todas el robusto y todavía joven poder de España; por último, la lucha por el trono de Francia (1589-1598) que termina en el fracaso o, lo que es casi igual, en la paz, también ella blanca, de Vervins (5 de junio de 1598), el mismo año en que muere el viejo rey (13 de setiembre de 1598).

Esto dicho, es hacia el Rey, hacia el Escorial —cuya construcción en honor de San Lorenzo y de la victoria española de San Quintín, comienza en 1563 para terminarse recién en 1584— hacia donde enfocaremos la mirada. Más allá de su siglo tumultuoso, tan violento y tan triste como su persona misma, nos interesa antes que nada el hombre, su infancia, su juventud, su aprendizaje (1527-1559); los años grandiosos de su vejez, bajo el signo de la soledad y de la guerra sin cuartel (1582-1598). Entre estas fechas que son las de su vida, y a partir de él mismo, en un telón de fondo ininterrumpido habrá de proyectarse el espectáculo del mundo.

¿Sin infancia y sin juventud?

Casi nada conocemos de la infancia y juventud de Felipe de España; casi nada que en verdad cuente y nos ofrezca de antemano la llave de su carácter y destino. Si recordamos sus primeros pasos, sin esfuerzo encontraremos, no al príncipe sino a los grandes personajes que lo rodean: el emperador Carlos V, su madre, la bella princesa portuguesa Isabel, la única mujer que el emperador amó profundamente; su preceptor Juan Martínez Siliceo, más tarde arzobispo de Toledo (1546) y, poco antes de su muerte, cardenal (1557); su ayo Don Juan de Zúñiga, gran Comendador de Castilla; por último, entre los niños de noble familia, educados al mismo tiempo que el príncipe, su amigo más querido, cinco años mayor, el portugués don Ruy Gómez da Silva (1522-1573) que será el favorito de Felipe II y al que la historia conoce con el nombre de príncipe de Eboli que llevará a partir de 1559 (Eboli es una pequeña villa del reino de Nápoles).

El hecho de que un día el joven paje haya golpeado al infante por inadvertencia y que Felipe salvara a su camarada de juego de un castigo ejemplar, rebelándose contra su eventual alejamiento, prueba que el futuro rey abriga sentimientos humanos, normales, que mostrará por otra parte de modo sorprendente en el curso de su larga vida. Pero tal gesto o tal otro no proporciona la llave de un carácter cuyo rasgo principal será el deseo de ocultarse a la curiosidad y la indiscreción de los demás. ¿Es acaso su timidez, su natural melancolía enfermiza (no olvidemos que es nieto de Juana la Loca), las que entran en juego? ¿Habrá que incriminar a la etiqueta de la corte que desde tan joven lo obliga a una vida de representación, sin cesar lo condena a la soledad, en una palabra, lo llama al orden? El vivísimo amor de su madre, princesa piadosa y rica en todas las virtudes, verdadera beata, que quiere sea educado y tratado "con todos los miramientos debidos al heredero del más grande emperador que jamás haya tenido la cristiandad", este amor nada hizo por fomentar en él lo natural y el abandono. He aquí como Antonio Guevara, humanista, obispo y cortesano, describe a la emperatriz en una de sus cartas al marqués de los Vélez: "¿Quieres saber cómo toma sus comidas? Compuesta, temblando de frío, sola y silenciosa, mientras todos la miran fijamente; cuatro circunstancias de las que sólo bastaría una para cortarme el apetito". También ella, una prisionera de la etiqueta.

En suma, todo conspira para que el joven príncipe no pueda vivir libre y auténticamente su verdadera vida. Desde sus primeros pasos, está oprimido por los papeles que debe desempeñar, uno después de otro, a menudo todos juntos. El destino quiso que fuera el mayor; después de él nacieron dos princesas, María (1528-1603) que se casará con Maximiliano de Austria y, viuda en 1576, acabará su vida en el convento de las Descalzas de Madrid,

Felipe II

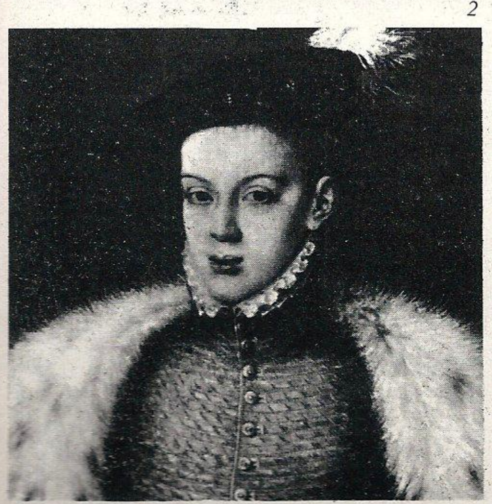




1



2



3

y la más joven, Juana (1535-1575), tan bella, esposa del príncipe de Portugal (será la madre del rey Sebastián "el último de los cruzados" que irá a morir, locamente, a Marruecos en el campo de batalla de Alcázar Kebir, en agosto de 1577). A Felipe le tocaron así en suerte las ventajas y también las tristezas del primogénito, tanto más si se piensa en la muerte prematura de su madre, el 1º de mayo de 1539 en Toledo. El Emperador, derrumbado por el dolor, se retiró a un convento y será Felipe —tiene doce años— quien encabece el lúgubre cortejo que conduce el cuerpo de la emperatriz hasta Granada donde será inhumada en la magnífica tumba de los reyes católicos, Isabel y Fernando.

Puesto a prueba tan temprano, sin hesitar, Felipe asumió de buen grado su papel. Luis de Cabrera cuenta que un día el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo, visitó al joven príncipe en el momento en que su ayo lo vestía. La etiqueta prescribía que él dijera al prelado: *cubríos*; el príncipe comenzó por ponerse el abrigo y el sombrero, después se volvió hacia el visitante: *"Ahora podéis poneros el bonete, cardenal"*.

Aplicado, concienzudo, el niño parece haber adquirido desde muy temprano ese extraordinario dominio de sí mismo que jamás habrá de abandonarlo. Acepta también sin malhumor los esfuerzos que se exigen de un buen alumno a quien se le enseña el duro oficio de príncipe. Felipe siguió este aprendizaje con alegría, sobre todo porque el profesor en la materia, a menudo fue el mismo Emperador, padre prestigioso y que el infante "internaliza" para siempre como dirían los psiquiatras. Puede suponerse lo que significaría la gloria de un padre tal para el corazón de un joven príncipe, nacido dos años después de Pavía, que tiene ocho años cuando el Emperador toma Túnez, catorce cuando la dramática expedición contra Argel, veinte el año de Mülhberg. Son suficiente aventuras como para hacer vacilar la cabeza de un niño, por juicioso que éste sea. Y este padre glorioso es al mismo tiempo tiernísimo; le da ocasión de verlo, de reunirse largamente con él, de dejarse conquistar hasta el fondo del alma. En sus instrucciones al hijo (de las cuales, las más célebres son las fechadas en Palamos, entre el 4 y el 6 de mayo de 1543), el Emperador, obstinado en meditar en su propia muerte, también medita sin fin y de manera morosa, terriblemente seria en todo caso, sobre la vida y el porvenir del príncipe. Para él, Felipe es la planta vivaz, la lámpara encendida. Pero para protegerlo, cuán frío es su lenguaje a través de las páginas: desconfiar de sus consejeros, mantenerlos a distancia, no hacerse ilusiones a su respecto, desconfiar también de alguno de sus reinos, por ejemplo Aragón, y siempre de la mala fe francesa...

Este lenguaje, fruto de la experiencia desengañada, ¿cómo no habría de helar el corazón o la lengua de un niño meditativo, en el fondo poco seguro de sí mismo? A lo largo de toda su vida, estas directivas serán para él la ley y los profetas.

También la educación religiosa del príncipe fue aceptada totalmente. ¿Engañan los gestos exteriores, las actitudes obligadas? Más tarde, sus enemigos se plantearán la pregunta para responder que la religiosidad del soberano no era más que una máscara atroz. Palabras bastante gratuitas. Por cierto Felipe no es un cristiano a quien atormenten los problemas del libre examen. En este punto, los historiadores concuerdan con sus amigos: Felipe fue un creyente absolutamente sincero. Y, sobre todo, *creer* y *gobernar* son dos cosas muy diferentes. Para un príncipe del siglo XVI, gobernar es no tener por encima más que a Dios, no ser responsable más que ante Él de lo que se hace mientras dure su vida, por el bien de sus súbditos. El soberano pontífice no podría cortar este diálogo esencial a su placer y Felipe jamás lo permitiría. Si la palabra no choca como excesivamente escandolosa, qué bello ejemplo de "galicanismo" fue su vida; quiero decir, su independencia firme frente a la Santa Sede, su defensa eficaz de las prerrogativas reales frente a la iglesia...

Como contrapartida a esta educación severa, rígida, abstracta, el joven príncipe no debió marcar el paso, tascar el freno, corroerse de ambición como lo hará más tarde su hijo don Carlos, o su hermano bastardo, don Juan de Austria. En mayo de 1543, regente de los reinos de España antes de los dieciseis años, rodeado de consejos y de consejeros, ya está solo, en la soledad del poder. En noviembre del mismo año —puede decirse que en cumplimiento de obligaciones dinásticas— desposa a su prima María Manuela de Portugal que el 8 de julio de 1545 le da un hijo, el infortunado don Carlos, y muere cuatro días más tarde. Mediante este primer matrimonio (seguido de otros tres), Felipe se compromete con cuerpo y bienes, en la alta política que se mueve por encima de Europa y de sus pueblos y que se juega con movimientos matrimoniales calculados, más larga y cuidadosamente que una sabia partida de ajedrez. Felipe, colección de títulos principescos y herencias futuras, es una de las piezas esenciales de este tablero. Imbatibles en este terreno, los Habsburgos son los dignos herederos de los reyes católicos, que mediante su encarnizada política de casamientos antifranceses prepararon, desde mucho tiempo antes, la monarquía universal y monstruosa de Carlos V.

De todos modos, regente de España antes

de su décimosexto aniversario, casado a los 16 años, viudo a los 17, gobernando España a los 19 años, son todas tareas pesadas asumidas precozmente. Luis XIV, en quien se piensa de inmediato, debió por lo menos esperar para reinar, la muerte del cardenal Mazarino y su vigésimo tercer cumpleaños (1661). Que estas experiencias hayan madurado y agravado el aspecto ya demasiado serio del carácter de Felipe, es probable. De ellas extrajo además un indomable dominio de sí y esa suerte de coraje no la abandonará jamás; voluntad sobrehumana de desempeñar su papel a cualquier precio, orgullo que, después de todo, no es nada despreciable. Esta continua tensión sin duda le evitó las oscilaciones dramáticas, las crisis, las depresiones neuróticas, los abandonos que caracterizaron a su padre Carlos V, o a su hermanastro, el brillantísimo Juan de Austria. De cualquier modo, cualquiera sea el juicio al que se llegue sobre Felipe, subrayemos que él jamás dará, como su padre, la impresión alucinante de evadirse sin fin de sus propios retratos. Felipe es quien es, pero siempre permanece ante nosotros, desde sus imágenes juveniles hasta aquellas, a menudo terribles, de su edad avanzada.

El fin del aprendizaje

En suma, el azar —y aquí debe entenderse también su herencia biológica—, las tareas asumidas tan temprano, la etiqueta borgoñona (establecida en la corte en 1548) le enajenaron su infancia, luego su primera juventud, toda su espontaneidad; lo prepararon para callar, para disimular.

Por voluntad del Emperador, en octubre de 1548 comienza una larga recorrida por Europa: el viaje lo llevará de España a Génova, luego a Milán, Munich, Heidelberg, Bruselas, por fin y bastante más tarde, a Ausgburgo donde, en 1550, creyó equivocadamente que la cuestión alemana estaba arreglada en su favor de una vez y para siempre, que un día sería rey de los romanos, y luego emperador del sacro imperio. El 12 de julio de 1550 estuvo de vuelta en España.

Cuatro años más tarde, abandonaba la corona y viajaba a Inglaterra para desposar en Westminster a su prima María Tudor, el 25 de julio de 1554, día de Santiago, patrón de España. Este matrimonio deseado por la política, con una princesa poco agraciada, once años mayor, no fue más desgraciado que muchos otros. En viaje hacia Inglaterra, el joven príncipe, sin ilusiones decía a sus amigos: "Esto no es una gira de placer, es una cruzada". Se trataba de conquistar la isla para el catolicismo de una vez por todas y así ligarla para siempre a la suerte de España, en reemplazo de la Alemania perdida en la misma época. El juego valía la pena. Pero una vez más comenzó la guerra con Fran-



4

En la página 59:

1. Alonso Sánchez Coello,
Retrato de Felipe II, 1575 *circa. Particular.*
Madrid, Museo del Prado (L. Perugi).

En las páginas siguientes:

1. Retrato de la hermana de Felipe II, la emperatriz María, mujer de Maximiliano II, de Antonio Moro.
Madrid, Museo del Prado (Anderson).

2. El emperador Maximiliano II, en un retrato de Antonio Moro.
Madrid, Museo del Prado (Anderson).

3. Retrato de María Tudor, segunda mujer de Felipe II, de A. Moro.
Madrid, Museo del Prado (L. Perugi).

1. El emperador Carlos V; retrato del Tiziano.
Madrid, Museo del Prado (Anderson).

2. Isabel de Portugal, mujer de Carlos V y madre de Felipe II; retrato del Tiziano (1544).
Madrid, Museo del Prado (Anderson).

3. Retrato del hijo de Felipe II, don Carlos, de Sánchez Coello.
Madrid, Museo del Prado (Anderson).

4. *Tiziano,* Felipe II ofrece su hijo don Carlos a la Victoria.


1


2

cia y Felipe debió relevar muy pronto a Carlos V en los Países Bajos. En octubre de 1555 su padre inició la serie de sus abdicaciones y volvió a España donde moriría el 21 de setiembre de 1558. Dos meses más tarde, el 17 de noviembre, se extinguía a su turno María Tudor.

Sólo al día siguiente de Câteau-Cambrésis (1-3 de abril de 1559) que restablecería la paz con Francia por largo tiempo, volvió Felipe a España. Cuando desembarcó en Laredo el 8 de setiembre de 1559, tenía treinta y dos años, cumplidos pocos meses antes.

Primeros y últimos años de felicidad

El año 1559 constituye, en alguna medida, una profunda fractura en la historia del mundo. El conflicto entre Francia y España se ha suspendido, esta vez en forma duradera, *grosso modo* hasta 1589. Felipe se libra de uno de los mayores tormentos que aquejaron a su padre. Es cierto que Francia suscitará en él preocupaciones, inquietudes, molestias, pequeñas cosas frente a las cuales Felipe II, demasiado fiel a las lecciones de su padre, será exageradamente sensible. Pero todas ellas irán desapareciendo paulatinamente y, a partir de 1562, Francia se precipita en el largo conflicto de sus guerras de religión. Comparada con los primeros años del siglo XVI, es ahora sólo una sombra de sí misma. Nótese de paso que el espacio francés, tan hostil en tiempos de Francisco I y Enrique II, se abrirá en esta etapa a los correos regulares de España. Sin la comodidad de las rutas de Francia en dirección hacia los Países Bajos e Italia, sin duda jamás hubiera podido Felipe dirigir sus Estados desde la lejana Castilla donde se complace en permanecer luego de su retorno de los Países Bajos.

¿Aprecia estas ventajas en su real valor y se apercibe de su verdadera razón? Tengo mis dudas. El miedo concreto a una extensión del protestantismo a través de Francia y de allí, hacia los Países Bajos, Italia y aun a España, lo atormenta. "En caso de que el peligro hugonote crezca" será necesario intervenir. "En ello se juegan intereses vitales de España", escribe un día a Catalina de Médicis. Llega a formular advertencias amargas, como en tiempos del embajador Chantonnay, hermano de Granvelle del cual Catalina de Médicis logra el alejamiento en febrero de 1564, pero sin actuar sólo movido por su mal humor, o cuando aleja un cuerpo de tropas españolas de la frontera de Guipúzcoa en julio de 1562, a las órdenes del viejo y enfermizo Diego de Carvajal (estos españoles pero no su jefe participarán en la victoria católica de Dreux el 19 de diciembre), o durante el invierno de 1568-1569 cuando prepara y envía desde los Países Bajos un "socorro" a las órdenes del conde Pedro de Mansfeld...

Así, la política francesa no cesa de inquietarlo, vasto caldero del diablo donde jamás se sabe lo que hierve; sin duda lo peor, ya que desde 1569 los embajadores del Cristianísimo no son más hombres de Iglesia sino de espada. Fourquevaux y no el obispo de Limoges. Estos soldados taconean con mucho gusto, hablan alto, turban la quietud de la Europa española. Pero mientras vive la "reina de la paz", la princesa francesa a la que Felipe ha desposado en terceras nupcias, todo puede arreglarse y se arregla. Aun más tarde. Pequeñas preocupaciones similares a las que provoca Alemania. Es cierto que la ha perdido, pero en compensación ya no tiene entre manos esa bomba de tiempo de la política de Carlos V. Sabemos que éste no logró asegurar a su hijo la sucesión imperial y Alemania, después de su paz de religión (Ausgburgo, 1555), vivirá tranquila fuera de las grandes querellas europeas, hasta el siniestro despertar de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). Para Felipe el único problema es restablecer las buenas relaciones con los Habsburgos de Viena —Fernando I, después Maximiliano II— sus parientes, traumatizados en Ausgburgo (1550) por la violencia desesperada de Carlos V. Aparentemente sometidos entonces, no cedieron sin embargo ante el jefe de la familia y, desde 1552 son los triunfadores: Alemania es de ellos. Y la paz de Ausgburgo les asegura una apacible propiedad.

Por lo tanto este conflicto latente nada ha quebrado ni deshecho. Frente a los turcos, Viena necesita de los subsidios de España. Casamientos y buenas palabras hacen su efecto. María, hermana de Felipe II, mujer de Maximiliano II, trabaja en este acercamiento lento pero que, íntimamente, siente necesario. Sus hijos, los archiduques Rodolfo y Ernesto, son enviados en 1564 a España, un poco como rehenes y ella misma, después de la muerte de su esposo (1576) ganará Madrid donde vivirá desde 1584 hasta su muerte en 1603. Es de este lento acercamiento entre las dos ramas de los Habsburgos —los de Viena y los de Madrid— que nacerá más tarde la gran tormenta de la Guerra de los Treinta Años.

Agreguemos que desde 1559 a 1575 —fechas aproximativas pero válidas—, una tenaz recesión económica sofoca toda agresividad en las querellas europeas: el estado de las finanzas no es cómodo, tampoco el de la todopoderosa España. Así, todo tiende hacia la calma, más por ahogo que por un real apaciguamiento.

Resta además el elemento más importante de la nueva situación posterior a Câteau-



Cambrésis: el imperio de Felipe II se libera sin ruido de la herencia de Carlos V, se desvincula de la Europa continental, objeto de la política casi medieval y a menudo retrógrada del gran Emperador. Este Imperio no se centra más sobre Amberes o sobre Italia, sino en el Océano Atlántico, sobre la América minera cuya importancia mundial aumenta velozmente. Tampoco es un centro Madrid —la nueva capital que en 1561 reemplaza a Valladolid— sino más bien Sevilla, hecho del que no se dan cuenta realmente ni el rey católico ni sus consejeros. Europa y el Mediterráneo familiar los fascinan. Como siempre, los grandes acontecimientos no hacen ruido: sin que nadie se haya dado cuenta, ha cambiado la estructura del mundo.

¿Alegría de vivir?

Hemos dicho que los años comprendidos entre 1559-1568 son años felices para Felipe II. Ha desposado, en cumplimiento de las cláusulas del tratado de Câteau-Cambrésis, a la princesa Elisabeth de Francia, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis. Para los españoles que traducen su nombre, ella es la reina Isabel o, mejor aún, la *Reina de la Paz*. Es una niña —tiene catorce años— cuando se casa con el rey católico en Guadalajara, el 31 de enero de 1560; una niña alegre, viva, buena, inteligente, casi un ser del Paraíso. Tiene la ventaja de hablar español con facilidad. Brantôme dirá: "Son langage espaignol estoyt aussi beau, aussi friand et aussi attirant qu'il estoit possible" (Su español es tan bello, gustoso y atrayente como pueda pedirse). Amada por sus súbditos, fue también amada por el rey de un modo sincero y vivo. No lo imaginemos, en esta época, insensible a los encantos femeninos. Se ha dicho esto para atribuirle una virtud bien inútil. En 1558, antes de su tercer matrimonio, un veneciano lo describe como "muy aficionado a las mujeres" y, con respecto a sus aventuras "gustoso de andar de incógnito (enmascarado) por la noche, aun en momentos de negociaciones importantes". El hombre enmascarado, ¿qué psiquiatra, qué crítico literario "de la nueva escuela" no recordaría la imagen con deleite? Subrayemos además que ni siquiera su retorno a España y su casamiento con Isabel de Francia, han hecho juicioso al joven soberano; conserva el gusto muy vivo por las damas elegantes y el obispo de Limoges, embajador del Cristianísimo, hace notar con indulgencia que una particular conducta sentimental no le impide ser "un buen marido", "ordinariamente duerme con ella" (Isabel), escribe en 1561 a Catalina de Médicis para tranquilizarla con respecto a su hija. Sí, un buen marido, dedicado a esta jovencita plena de alegría, que tomará en serio, con mucha gracia, su papel de reina de España y muy feliz de serlo. Las dos hijas que dará al rey, Clara Isabel Eugenia y Catalina, serán tiernamente amadas por aquél, sobre todo la mayor. Cuando la reina Isabel lo abandona por un instante, el 15 de mayo de 1565, para viajar a Bayona donde encontrará por última vez a su madre Catalina de Médicis, los dos esposos —a decir de los testigos— se separaron "no sin lágrimas".

De allí que, cuando en octubre de 1568 la joven reina murió a los veintitrés años de un parto prematuro y por la estupidez de sus médicos, el rey sufrió esta desgracia "con dolor indescriptible" escribió un embajador genovés... "por el gran amor que le tenía y de la cual sabía que también era amado".

¿Debe aceptarse como moneda corriente, este breve romance sentimental "como un cuento rosa". Un historiador, Orestes Ferrara (1961, nos aconseja dudar. Evidentemente, en estos campos nada es seguro. Que Isabel escriba a su madre Catalina de Médicis: "Quiero deciros que soy la mujer más feliz del mundo", puede ser una forma de tranquilizar, más aún, de engañar a una madre inquieta o, después de todo, la expresión de la verdad. Examinado el legajo de estos pequeños problemas, yo me inclino en favor de la solución feliz. Pero, más que la reina, es el rey quien da testimonio de este hecho. Demasiados historiadores quieren verlo a toda costa sombrío y sin alegría. Sin embargo, un Felipe II bien diferente a sus retratos habituales se adivina, se percibe en esos años en que Isabel vive un instante junto a él. Cuando ella muere, Felipe tiene 41 años, una edad avanzada para la época. Seguramente una página quedó cerrada para él, la de su juventud y, no menos, la de sus años todavía felices. Hasta entonces el rey, en la plenitud de sus fuerzas, sería tal como lo representa el dibujo de la Biblioteca Nacional de París, desgraciadamente mal identificado, o el retrato un poco solemne del Tiziano o el de Antonio Moro: es la personificación de la elegancia, la distinción misma. Si su abuelo (el marido de Juana la Loca) no hubiera llevado ya el apodo, el Felipe de esa época hubiera sido Felipe el Hermoso. Pese a su talla mediocre, el cuerpo bien proporcionado da la impresión de una cierta robustez. La tez clara, a menudo pálida, hace decir a un veneciano que lo ve en los Países Bajos: "Tiene la apariencia de un flamenco" y ello pese a sus maneras españolas, como si su naturaleza física contradijera de antemano su vocación de ser español hasta la médula de los huesos. Durante esos años, su gracia es alabada a menudo y no sin razón. Como dice el obispo de Limoges a fines de 1561, y el detalle es precioso: "Al verlo... se le daría veinticuatro años", es decir, diez menos que su edad.

La felicidad de gobernar

Ya en la correspondencia de los embajadores y a través de otros testimonios, emerge el retrato clásico del rey sentado sin fin a su mesa de trabajo. Este tímido que no osa levantar la voz ni mirar jamás rectamente a los ojos a sus visitantes, que, intimidado, intimida o aterroriza a los demás, este extraño monarca disfruta, en compensación, de un evidente placer de escuchar, más aún de leer sin fin lo que le escriben, de tener entre sus dedos los hilos esenciales de una historia en vías de hacerse sobre la escena inmensa del mundo. Allí encuentra este tímido su fuerza, su desenvoltura. Incansablemente convergen hacia él las noticias del mundo entero, llevadas por extenuados correos y los papeles se acumulan cada día sobre su mesa, en paquetes enormes. He aquí la materia prima de su vida laboriosa, secreta. El inteligente y sensible obispo de Limoges dice de él en setiembre de 1560: "Es al mismo tiempo señor y secretario, lo que es una gran virtud... siempre inmerso en sus asuntos sin perder una hora pues se dedica el día entero a sus papeles".

Papeles que lee lentamente, cuidadosamente. Sus múltiples notas marginales son testimonios irrecusables de esta minucia, a veces pueril: sea que se trate de una carta, llevada a su firma, sea cuestión de un *Don Antonio Valentino, caballero que se dize Señor de Polonia*, el rey no se contenta con tachar el *Don*, explica: *"Fuera de aquí* (es decir, España) *no se usa el don"*; que el descifrador haya leído por error Sigenburg, "esto quiere decir sin duda Luxenburgo", anota el rey en el margen; corrige *Obdonia* en *Bolonia*; suprime las palabras *predicador general* en una carta llegada de Francia, para sustituirlas con razón pues se trata del Parlamento de París, por *procurador*; o bien devuelve al traductor un texto que le parece poco claro a la lectura...

Esta minucia prueba que el rey, en su mesa de trabajo, no siempre está apurado en terminar su tarea, más bien encuentra en ella un cierto placer. Pero en esta masa de anotaciones, de correcciones concienzudas o pedantes, en su correspondencia con los numerosos agentes de la política española, en sus billetes a sus colaboradores más próximos, nunca o casi nunca se oirá un grito surgido del corazón, una confesión. Ni siquiera en las conversaciones que mantiene, pluma en mano; pese a hablar mucho jamás se abandona.

A causa de este enorme y lento trabajo, muy pronto será un ritual ridiculizarlo:

Felipe II es el *rey papelero,* papelero con pies de plomo, que desea verlo todo por sí mismo, reticente a decidirse, a menudo sin llegar a decidirse jamás. Esta imagen se impondrá en los tiempos posteriores no sin motivos, también no sin injusticia. Cuando Venecia se encuentra acosada por el Turco, en aquel año de 1571 que verá la victoria de Lepanto (7 de octubre), todo es urgencia para la ciudad amenazada, desde la primavera que abre las posibilidades de acción a las flotas. El 22 de marzo en Madrid, Leonardo Dona, que representa a la Señoría, se exaspera ante la flema del rey: "Al insistir yo que el tiempo apremiaba, me licenció de Su Majestad". Dudo que esta flecha haya golpeado al Rey Prudente en pleno corazón, pero el reproche que se transformará en burla, ¿es realmente justo?

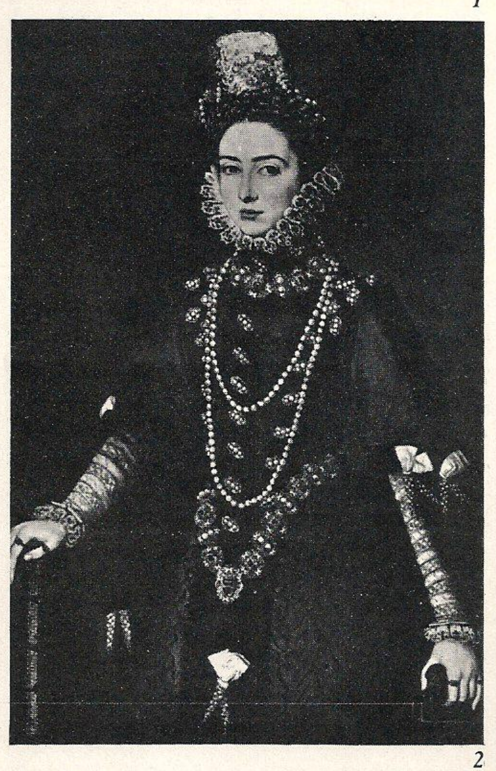
Felipe II junto a su mesa de trabajo es la imagen, la realidad del Estado moderno. Con Carlos V, el emperador viajero (y ya papelero), se cumple una etapa de gobierno. Del mismo modo que, más allá de la ruptura de las ferias de Champagne a mediados del siglo XIV, el mercader viajero abandona poco a poco el primer plano de los negocios occidentales; de allí en más, el gran comerciante dirigirá sus negocios desde su banco. Lo mismo ocurre con los príncipes con un poco de retardo. Cada vez que surge una dificultad, una sorpresa, Felipe II desencadena a menudo sin tardanza, una masa enorme de escritos, bombardea con órdenes a los ejecutantes que están a su servicio. Así lo veremos actuar una y otra vez y esto es actuar según las reglas del mundo moderno y no como se ha dicho, por una suerte de protesta secreta, a medias inconsciente, para distinguirse del emperador, del hombre de los viajes políticos y de las campañas guerreras. La lentitud de Felipe II es también la de los correos de la época y si resulta más acentuada que la de otros jefes de Estado (lo que falta probar) tal vez ello se deba a las dimensiones de su imperio mundial "sin crepúsculo", como el de Carlos V. "Estas interminables relaciones —escribí alguna vez—, sus lentitudes siempre al borde de la desesperación, explican el corazón de España, demasiado grande para ella y que late lentamente". Este corazón, vale decir Felipe II y los largos hilos que maneja, que terminan en él pero que también lo determinan, le dictan sus respuestas, sus decisiones o indecisiones, sus esperas repetidas, como si el tiempo trabajara para él.

Y además, en esos años que, hasta 1568, son relativamente calmos, nadie sueña todavía seriamente, entre la gente que lo observa con mayor o menor benevolencia, en criticar esta forma de gobernar y actuar. Tanto los franceses como los otros. "No creo —escribe el obispo de Limoges el 24 de agosto de 1561— en la lentitud de este príncipe en sus asuntos porque estimo como de la mayor destreza y finura . . . ganar tiempo con dilaciones". "Ganar tiempo", no perderlo. Fourquevaux que no es un observador tan fino como el obispo de Limoges ni tan caluroso, tampoco sueña en sonreir ante la actitud de Felipe: "Creed, Sire —escribe a Carlos IX— que este rey no hace mucho ruido en sus asuntos pero los sabe manejar en su provecho con medios muy sutiles". Y explica a Catalina de Médicis, que "es tan reservado en sus asuntos y tan lerdo en sus decisiones que es casi imposible conocer sus intenciones". Sí, España no es Francia, donde todos hablan de los secretos de Estado.

Por otra parte, esos años que llamo felices, en el hilo de la vida personal de Felipe II, no son sorprendentes en la historia de España y el enorme imperio del cual ella es el pivote. El Siglo de Oro no ha nacido todavía, ni las glorias de Madrid, ni aún la plena riqueza minera de las Indias. La política se resiente obstinadamente de una economía desagradable. ¿Favoreció todo esto el juego un tanto oscuro del Rey Prudente? Juego orientado a restablecer el orden, sobre todo en sus finanzas después de la bancarrota de enero de 1557, seguida bien pronto de una nueva bancarrota habitualmente no mencionada, la de 1560, y política que el rey prosigue con la ayuda, o la resolución al menos, de los mercaderes prestamistas de dinero. Se elige a la poderosa *Casa de Contratación* para la asignación de los *juros,* el pago de las rentas que son la deuda consolidada de Castilla. Ningún gobierno podía convenir más para esta puesta en orden, que el de un rey puntual, enemigo de la aventura, que domina sin esfuerzo los dos partidos en que se dividen sus consejeros —podríamos decir sus ministros—, el partido de la guerra del magnífico y altanero duque de Alba, el partido de la paz de Ruy Gómez, llamado por un juego de palabras inocente, el *Rey* Gómez y cuyos partidarios son designados con el nombre de *ebolistas,* partidarios del príncipe de Eboli. Al principio, el Rey Prudente parece inclinarse hacia éstos pero, en 1566, cuando en abril y luego en agosto los Países Bajos se sublevan, se volverá hacia sus adversarios y esta vez sin hesitar. Sonará entonces la hora funesta del duque de Alba.

Todos estos años de paz han sido plenos de sabias medidas administrativas, menudas y grises, de actos razonables, por ejemplo la construcción en los astilleros del Mediterráneo (Palermo, Mesina, Nápoles, Génova, Barcelona) de una poderosa flota de galeras para defenderse de los ataques y pillerías de los musulmanes


1


2

1. *Retrato de la infanta Isabel Clara Eugenia, de Sánchez Coello (1579). Madrid, Museo del Prado* (Anderson).

2. *Retrato de la infanta Catalina Miguela, de Sánchez Coello. Madrid, Museo del Prado* (Anderson).

en las costas españolas e italianas. Así comienza una pequeña y encarnizada guerra: en 1560 surge inopinadamente el desastre para la armada española en Djerba sobre la costa tunecina pero, en 1564 se toma el islote del Peñón de Vélez, espina clavada sobre la costa marroquí; en 1565, un suceso incontestable, esta vez en el mismo corazón del Mediterráneo: los Turcos levantan el sitio de Malta ante el desembarco de los tercios españoles en la isla... De todos modos diríamos hoy, una pequeña guerra, por costosa que sea, por útil que aparezca para la protección de Italia. El verdadero problema radica en mantener el dominio sobre el Atlántico donde todo va a inflamarse bien pronto después de 1566 o, mejor 1567 y 1568. Entretanto, en España, ¿quién podría decir en qué medida estos años tranquilos han consolidado la reputación del joven rey? El país le estuvo reconocido por esta presencia prolongada, por esta paz. En el corazón del imperio de Felipe II se entroniza el nacionalismo vivo, pronto al sacrificio y, más aún, al orgullo, de Castilla. Felipe se encuentra rodeado por este calor, por estas ilusiones, por estos imperativos. Todo deviene castellano, su corazón, su espíritu, sus mismos consejeros.

Los Países Bajos y la muerte de Don Carlos

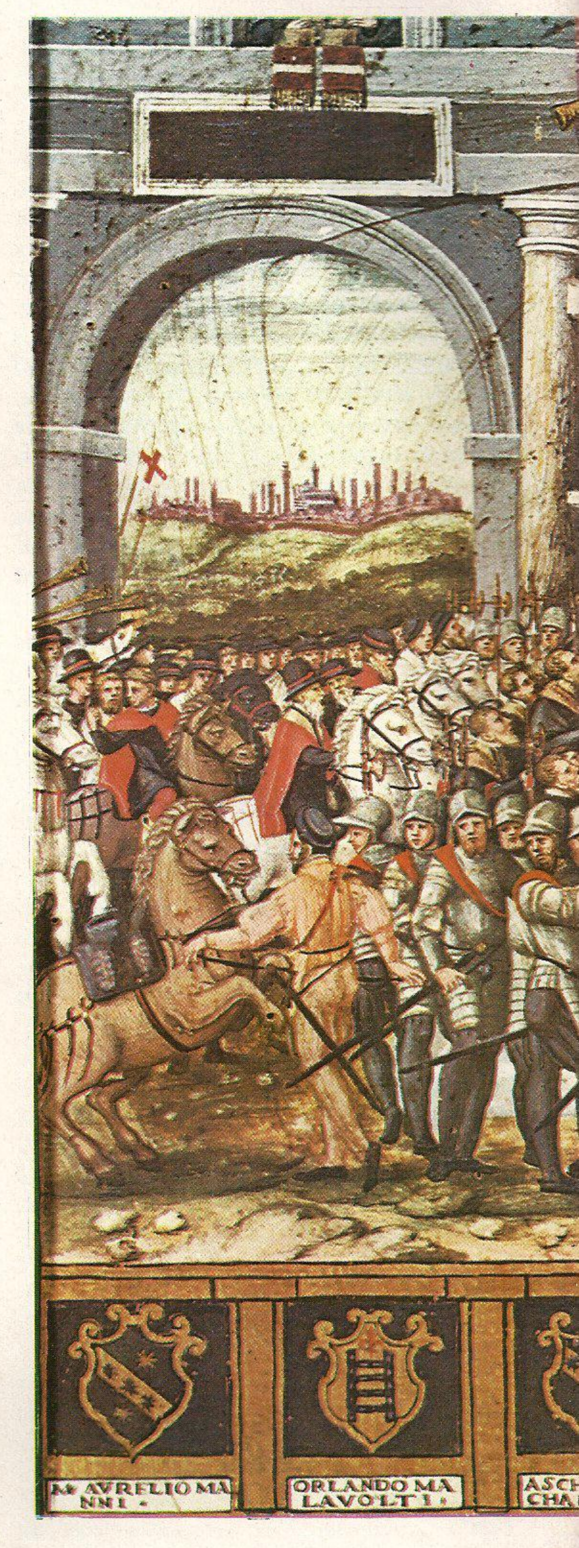
En 1568 se cierra este período de tranquilidad y estalla el drama de los Países Bajos; guerra casi colonial en el corazón de Europa, guerra sucia en que los adversarios de España echaron mano de todos los medios para convertirla en una prueba de fuerza. Pues todo contribuye a poner al Rey en desventaja, desde las inmensas líneas de aprovisionamiento que deben utilizarse desde la Península hasta Flandes a través del Océano, la Mancha y el mar del Norte, sin duda las más cómodas pues la ruta oceánica es más económica que los largos rodeos por el Mediterráneo, Italia, Saboya o los cantones suizos, Lorena o el Rin. Un soldado italiano o español, transportado a los Países Bajos cuesta finalmente, por lo menos cuatro veces más caro que uno de sus adversarios.

Los disturbios comenzaron en abril de 1566 con las abiertas intrigas de los grandes señores; en agosto, como una llama que se extendía por todas partes, el levantamiento de los iconoclastas significó el pillaje de las iglesias y el brusco triunfo de la reforma calvinista. No obstante, la inteligente Margarita de Parma, gobernante de los Países Bajos, logró restablecer si no su autoridad, por lo menos un orden aparente, oponiendo los señores al pueblo.

¿Tendrá en estas condiciones Felipe II la sagacidad de adoptar una política de este tipo, de rechazar el combate, de entenderse con los señores, en suma de transigir? Sin duda es la opinión de los *ebolistas* que son los agentes de dichos señores en Madrid. ¿O cederá a la intransigencia del duque de Alba? Prevalecerá este último y tomará el comando del ejército más formidable que se haya visto desde tiempo atrás. Todos los países de Europa pudieron seguir la marcha de los tercios, y el tambor de los reclutadores todavía sonaba en Andalucía cuando el duque de Alba entraba en Bruselas (30 de agosto de 1567). ¿Podemos decir los historiadores que ésta fue una gran falta, la más gruesa que haya cometido Felipe II? ¿No hubiera sido mejor, como tuvo intención y como lo dijo y dejó decir, marchar en persona a los Países Bajos? Una vez más el hombre enmascarado prefirió ocultarse detrás de otro.

No obstante, luego de la primera sorpresa, todo pareció resolverse mediante esta demostración de fuerza y es posible que una vez los soldados en el lugar, todavía hubieran podido arreglarse las cosas de un modo amigable, antes de las ejecuciones espectaculares de los condes de Egmont y de Hornes, en diciembre de 1568. A partir de entonces ya no hubo acuerdo posible. Contemporáneamente y en su propia familia, Felipe II debe vivir el más cruel de los dramas, indudablemente en relación con la rebelión de Flandes. Su hijo don Carlos, probablemente empujado por la loca hostilidad que siente por su padre, ha mantenido relaciones con los flamencos. Pero, más que la traición, será con la locura con la que deberá enfrentarse Felipe II y de la cual deberá "separarse". Del mismo modo, Carlos V se había encontrado ante el drama de la locura de la madre, Juana la Loca (1479-1555), a la que no sobreviviría por muchos años; pero en este caso el problema había sido arreglado desde 1506 por Fernando el Católico, padre de la desventurada. Encerrada en Tordesillas, la reina llevó allí una vida silenciosa, salvo en ocasión del movimiento Comunero en 1521.

El drama será mucho más angustioso para Felipe II. No por imprevisto ya que sabe desde hace años que el hijo de su primer matrimonio no es un niño normal y que, salvo un milagro, será incapaz de sucederlo. Bastaba verlo "medio idiota, escrufuloso, cojo, encorvado y hablando con dificultad", "feo de aspecto y desagradable...", "con un rostro más destruido que pálido..." Cuando se piensa en el diálogo confiado entre Carlos V y su hijo, cómo no habría de lamentarse Felipe II ante don Carlos. Las extravagancias y violencias de un niño irresponsable tienen por teatro a la Corte, ningún aspecto del drama pudo ser ocultado. Aparece en toda la correspondencia. Débil de cuerpo y de espíritu, cruel, sádico con hombres y ani-





1

1. La paz de Câteau-Cambrésis, el 3 de abril de 1559, y el abrazo entre Enrique II de Francia y Felipe II de España. Autor desconocido, 1559. Siena, Archivio di Stato. Biccherna; prov. dal Comune (R. Bencini).

males, o con las mujeres que aborda groseramente en la calle, la crónica sobre estos hechos multiplica los detalles, en algunos casos crapulosos, sin que pueda saberse en medio de tantos actos desagradables si se trata de la verdad o de calumnias. Retrospectivamente, podemos decir hoy que la desgracia de don Carlos consistió en no haber sucumbido al terrible accidente de Alcalá de Henares (19 de abril de 1562). Al caer de una escalera se fracturó el cráneo y los médicos lo operaron (no se trató de una verdadera trepanación) pero lo salvaron sin cambiar en absoluto el carácter extravagante del pequeño príncipe.

Sólo una pasión se desprende de sus actos, los domina: el odio mortal hacia su padre; sueña con la huida, se mezcla en mil intrigas, busca cómplices, en especial en don Juan de Austria, dos años menor que él. Al corriente de estos hechos y actitudes, el rey permanece silencioso, lo espía a todas horas y por fin, acompañado de un séquito numeroso, fuerza la puerta de su cámara en el palacio de Madrid la noche del 18 al 19 de enero de 1568. Un gran fuego arde en la chimenea y sobre él se precipita don Carlos: "Si os matáis, será el acto de un loco", dice el rey que lleva coraza y casco (prueba de que esperaba lo peor de parte del joven que siempre tenía junto a su mano un arcabuz cargado). "No soy un loco —replica don Carlos—, estoy desesperado por el mal trato de Vuestra Majestad para conmigo."

Pero la palabra terrible —la locura— ha dado en el blanco. Vuela, se la encuentra en todas las cartas y conversaciones oficiales que seguirán, verdadero diluvio de propaganda precautoria arrojada en todas direcciones. Ruy Gómez explica a los embajadores de Francia, Venecia e Inglaterra que el príncipe "está más enfermo del cerebro que físicamente y que jamás tendrá un recto entendimiento". En una carta a la Emperatriz, el 19 de mayo de 1568, Felipe II habla del "defecto de entendimiento que por mis pecados ha permitido Nuestro Señor que hubiese en mi hijo". Prisionero en su habitación donde las ventanas han sido clausuradas, transferido luego a una torre contigua al Palacio de Madrid, estrechamente vigilado, don Carlos fue reducido a la desesperación. Hablando con un cortesano, Cavalli, embajador de Venecia, se apiada: "¿Será posible aún una reconciliación?" Y el interlocutor le responde: "si no pierde el cerebro, será signo que ya lo ha perdido". La locura de don Carlos no puede discutirse, como tampoco la poco piadosa actitud de Felipe II frente a él. En julio, el príncipe cayó enfermo: indisgestión, disentería, abuso de agua helada... ¿Deseó a sabiendas este fin el pequeño prisionero? Es posible. De todos modos, el 24 de julio ante la muerte, exhibió una admirable continencia sin obtener empero, a pesar de su pedido, la presencia de su padre.

Para este último, la muerte de don Carlos aun cuando haya constituido un alivio —cosa que no podríamos jurar— también abrió siniestras perspectivas.

Viudo en octubre de ese mismo año de la reina Isabel, no teniendo más que dos hijas le era necesario volver a casarse. Muy pronto desposará a su sobrina Ana de Austria, encantandora princesa que llegará a España en 1569 donde nunca será muy feliz. Dará cinco hijos al Rey Prudente de los que sobrevivirá sólo uno, su heredero Felipe III. ¿Cómo olvidar en este romance negro que Ana había sido la prometida de don Carlos? ¿Cómo olvidar también que el Rey tomó por confesor al P. Chaves, a quien hoy no podemos estimar sin reservas, y que había sido el confesor del mismo don Carlos? Estos detalles y aun otros dicen bien a las claras que conocemos muy poco de este drama. Por cierto, los documentos pueden volver a revisarse pero no se logrará un juicio que satisfaga a nadie.

Los años terribles: 1568-1582

1568 no hace más que iniciar la serie de los años terribles. El Rey será todavía golpeado en su vida privada: muerte de Ruy Gómez en 1573, de su hermana, la princesa Juana en 1575, de don Juan de Austria en condiciones dramáticas en 1578, traición de Antonio Pérez, su hombre de confianza, casi su "valido", su favorito, traición patente inmediatamente después del asesinato de Escovedo, el secretario de don Juan (1578), muerte de la reina Ana (octubre de 1580) su última esposa que lo deja a partir de entonces en la soledad. Prematuramente envejecido —sin dientes, casi sin cabellos muy pronto encanecidos— ¿fue minada la salud del rey —como es posible— por las múltiples enfermedades heredadas de su padre y de su ascendencia portuguesa? Su primer acceso de gota lo sorprende en 1568, tenaces se repiten las fiebres intermitentes. Sin duda, a través de estos síntomas podría diagnosticarse además una sífilis hereditaria pese a que las pruebas no son en absoluto irrecusables, aun a los ojos de G. Marañón, historiador perspicaz que tiene la ventaja de ser un médico de gran calidad. No es fácil auscultar enfermos a siglos de distancia. Por otra parte, estas miserias físicas que no se le ahorran al rey, ¿no son acaso el patrimonio común de los hombres de la época una vez pasados los cuarenta?

Desastres públicos; al finalizar 1568 una nueva catástrofe: los moriscos del reino de Granada se sublevan la noche de Navidad en medio de tempestades de nieve. Tiene lugar después la fracasada guerra con Inglaterra (1569-1573) de la que no hablan los manuales, no sin razón; la victoria de Lepanto (7 de octubre de 1571) que deja al vencedor con las manos vacías; la entrada en escena (1º y 2 de abril de 1572) de los "Mendigos" del mar que se apoderan de Brielle en una isla de Zelandia; la guerra, también sin éxito, con Francia soñada por Coligny y que termina sin terminar con la masacre de San Bartolomé (24 de agosto de 1572). En 1575 se produce la segunda bancarrota del estado castellano, sin duda deseada por el soberano pero cuyas consecuencias serán desastrosas para los Países Bajos donde don Juan de Austria juega por un instante la carta de la paz; con la intensificación de la guerra comienza bien pronto la carrera dramática y deslumbrante de Alejandro Farnèse. La sucesión de Portugal, abierta a partir de 1578, resuelta en 1580, es también una victoria más aparente que real: el imperio portugués agrega su debilidad y su inmensidad a la inmensidad y debilidad del imperio español.

Más sobre el Rey

En estos años plenos de acontecimientos, entre los grandes personajes además del Rey, se cuentan, en primer lugar el duque de Alba, vencido en los Países Bajos pero que termina su vida con la apoteosis de la victoria de Portugal; don Juan de Austria, el medio hermano de Felipe II; Antonio Pérez, nombrado secretario del Rey en diciembre de 1568; por último, el cardenal Granvelle, originario del Franco Condado e hijo de Perrenot de Granvelle el consejero de Carlos V. Como su padre, sirvió al Emperador al principio de su carrera, después ha sido el hombre de confianza de Felipe II junto a Margarita de Parma hasta su retiro en 1564 impuesto por los grandes señores. Está en Roma en 1579 cuando el rey lo llama de urgencia para reemplazar a Antonio Pérez.

De todos ellos, presentemos aquí los tres personajes principales: don Juan de Austria, Antonio Pérez, el Rey.

Este último no ha cambiado por lo que respecta al manejo de los asuntos. Continúa retirándose al Escorial —pese a que el edificio recién se terminará en 1584— para trabajar, acompañado de un solo secretario (casi siempre Antonio Pérez). Aun en camino, prosigue su trabajo, su gusto por la minucia se exagera entonces hasta la manía. ¿No será éste, sin embargo, como en la vida de un simple particular, un medio como otro de escapar a las preocupaciones demasiado graves, un modo de engañarse a sí mismo? Gusto por las pequeñas cosas que no lo distraen de las grandes; en efecto, el encuentro junto a estos menudos y ridículos asuntos de los muy grandes es lo que sorprende siempre al historiador indiscreto y lo lleva a formular un juicio apresurado.

Tampoco ha desaparecido la timidez del Rey, pero su dominio de sí mismo se afirma más que nunca. Parecería que por fin ha encontrado su *estilo*. Vestido siempre sobriamente, de negro, generalmente sin espada —"tiene más el aire de un médico que de un príncipe", exclama un testigo—, mantiene permanentemente una suerte de distancia entre él y los otros, un vacío donde nadie se aventura sin aprehensión ni esfuerzo. Es lo que dicen los embajadores extranjeros; es lo que experimenta la misma Santa Teresa: *"Toda turbada* —escribirá—, *empecé a hablarle porque su mirar penetrante, de esos que ahondan hasta el alma, fijo en mí, parecía herirme, así que bajé mi vista y con toda brevedad, le dije mis deseos."* El Rey poseerá este poder de intimidar y disfrutará de él. Ha aprendido tan bien a dominar su propia turbación qus su único gesto incontrolado consiste en llevar de tiempo en tiempo la mano a la barba y es seguro que hay algo de juego en su modo de mirar a su interlocutor en ese habitual "Sosegáos", aparentemente destinado a tranquilizar pero que sólo logra inquietar más. Está también su sonrisa, apenas esbozada, especie de signo de humor frío y que —dirá Antonio Pérez— "corta como una espada". Todo esto constituye su "máscara" y la persona que haya sido se oculta tras ella, a menudo sonriente, se resguarda hasta de la mirada de los historiadores. Sonriente, pero raramente; secreto siempre, jamás despreciativo . . .

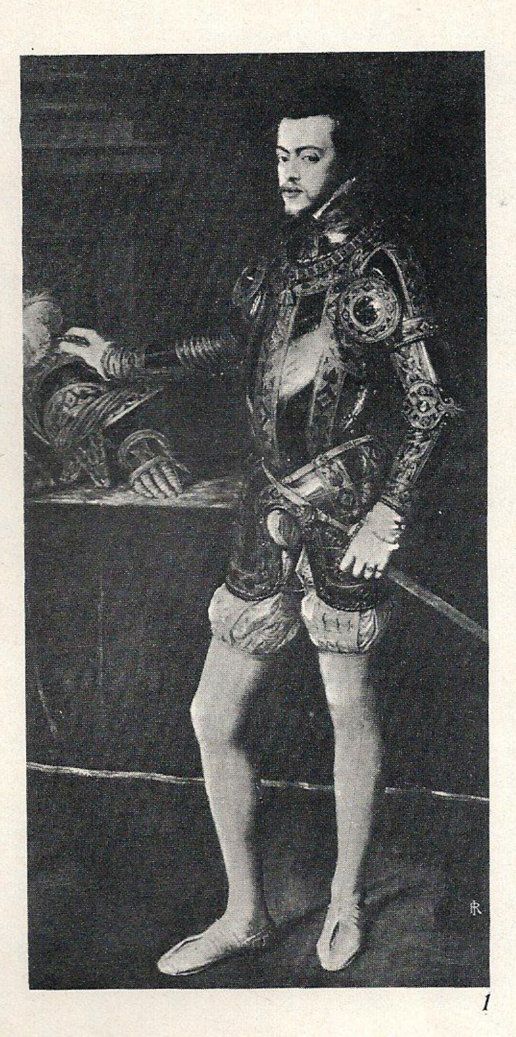
Entiéndase bien, él no es por entero responsable de estas actitudes. Jamás las máscaras son obra exclusiva de quien las lleva. Los reyes son una raza aparte. Una etiqueta meticulosa los obliga a vivir fuera del común de los mortales. El historiador Ludwig Pfandl (1942) tiene razón al decir: "El ceremonial de la Corte (la etiqueta borgoñona) es, en último análisis . . . una loca idolatría del soberano temporal, una asimilación sacrílega de conceptos humanos y divinos . . ." El Rey, enviado de Dios, está solo en medio de los hombres. Son éstos quienes han fabricado la máscara más temible de todas. ¡Qué mejor excusa si uno quisiera excitar la compasión, que mostrar al Rey en esta inhumana y perpetua soledad!

Antonio Pérez

En comparación, será un sutil, claro y fluente personaje —Antonio Pérez— el hombre que sin duda y *hasta un cierto punto* conoció mejor o estuvo más cerca del enigmático soberano. En todo caso, seguirlo en el extraordinario libro que le ha consagrado Gregorio Marañón es llegar lo más cerca posible del monarca inasible, aunque sin poder contemplarlo del todo a plena luz. De allí la causa de la particuar atención que le prestamos a Antonio Pérez y al tenebroso asunto al que dio su nombre.

El hombre es de origen oscuro, modesto: hijo natural de Gonzalo Pérez (hombre de Iglesia, probablemente de origen judío y sucesivamente secretario de Carlos V y de Felipe II), tal vez hijo natural de Ruy Gómez, en todo caso su protegido. Pero este origen no es obstáculo para una carrera de secretario; el Rey Prudente no los recluta en las filas de la alta nobleza; el hombre es además inteligente, hábil en su oficio de escribiente, trabajador infatigable, capaz de dominar todos los asuntos de su señor, los grandes y los menos grandes, experto también en cuestión de armamentos, admirable descifrador de despachos, espíritu claro como su bella y tranquila escritura y apto como ninguno para resumir en algunas líneas una serie de documentos, muy cómodo en los oscuros tratos que hoy denominaríamos del "Servicio de Inteligencia", si tanto el nombre como la cosa no fueran anacrónicos. Gobernar, a menudo es escuchar, espiar, sorprender al adversario, y el gobierno de los Habsburgo, desde este punto de vista muy adelantado sobre los gobiernos rivales, dispone desde la época de Carlos V de una amplia red de espionaje. Se puede comprobarlo, pruebas a la vista, en el caso de Francia. Es justamente Antonio Pérez quien está en el centro de estos complicados manejos y es tal vez por su oficio de agente secreto que mejor se explica o, por lo menos, su reputación.

El Rey, gran trabajador él mismo, no podía menos que apreciar este colaborador excepcional. Pese a los defectos visibles, sobre todo a los ojos de un príncipe "puritano" como Felipe II informado de todo y por cierto de las prevaricaciones repetidas y de la inmoralidad evidente de su secretario. Sí, pero tal vez en ese mes de diciembre de 1568 el corazón desamparado del Rey ¿no habrá tenido después de todo necesidad de alguien muy diferente de él, apuesto y joven (Antonio Pérez tiene entonces 28 años) y, sobre todo, decidido? La ambiciosa voluntad de Pérez hizo el resto; compréndase, un cierto arte para identificarse con el soberano, para sugerirle soluciones para las dificultades del momento, para adivinar sus gustos, las tendencias secretas de su voluntad. Todos los personajes ambiciosos que rodean a Felipe II transigen con una susceptibilidad que todos conocen, tanto Ruy Gómez que siempre hizo esfuerzos para permanecer en la sombra, como el duque de Alba cuyas manifestaciones tan claras se presentan siempre como informaciones más que como consejos prácticos. Antonio Pérez se permite sugestiones y éstas son aceptadas. ¿Tal vez porque adivina, viviendo en la intimidad burocrática del Rey, la solución que éste mismo vislum-



1

1. *Felipe II en un retrato del Tiziano (1551). Madrid, Museo del Prado* (Anderson).

2. *El duque de Alba. Paris, B. N., Est.* (Ségalat).



2



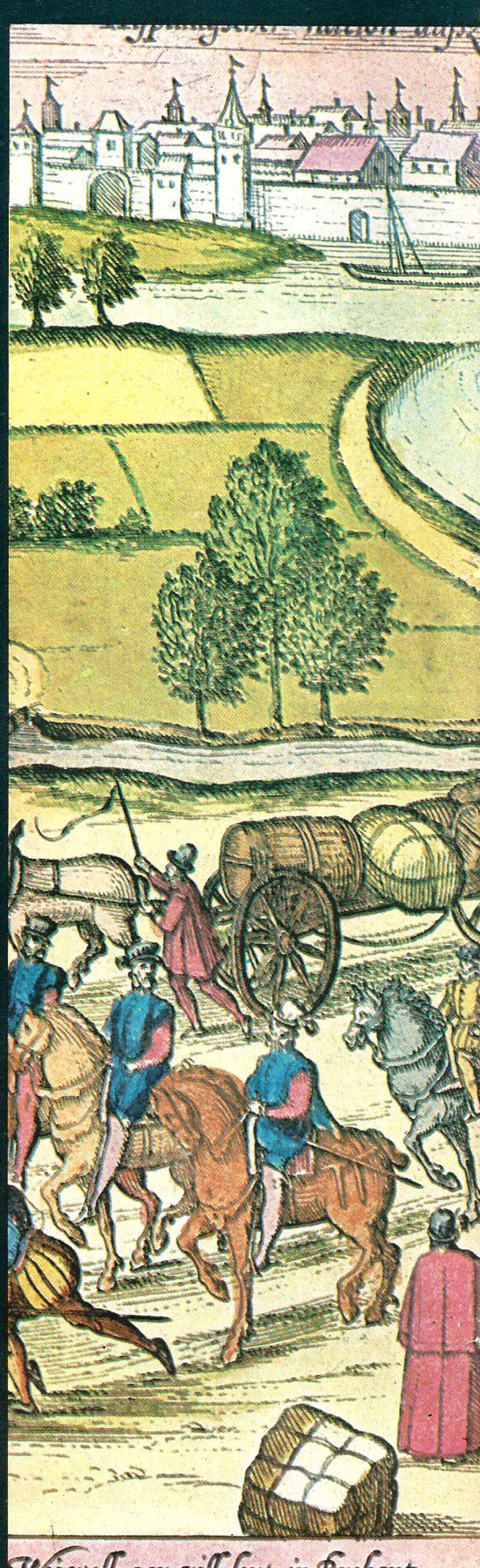
1



2



3

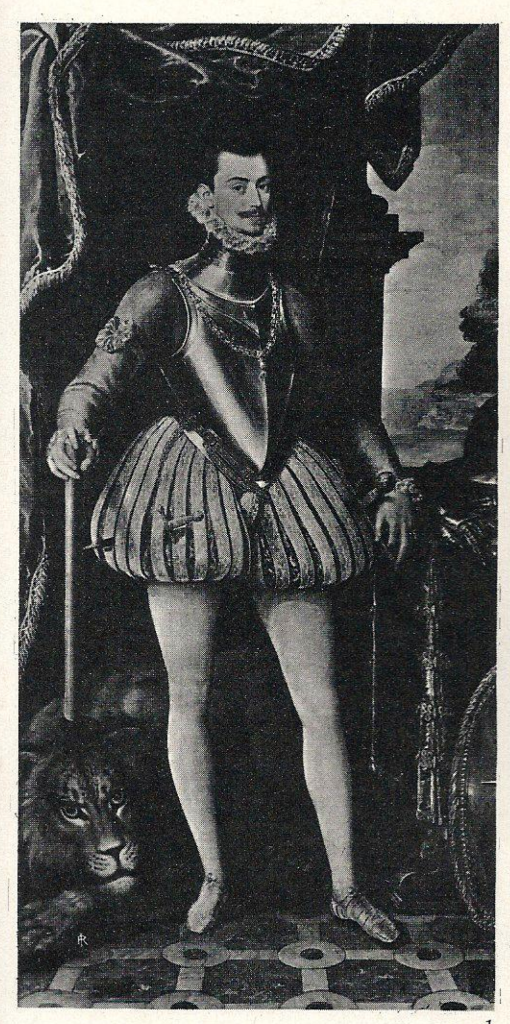

Wie woll gar vill leut in Brabant
Jr haab vnd gutt verloren handt
Zu dem auch mitt vill gellt vnd gutt,
Der feind trutz, vnd vbermutt,



Von sich haben abkaufft gar schwerlich,
Seind seie doch alle ietz gar frolich,
Das Gott nach seiner barmhertzigkheitt
Mitt gnaden schawett an ir leidt

Keert ab die frembde nation,
So alle vnzucht, spott, vnd hoon
Haben geubtt in irem leben,
Der liebe Gott wils ihn vergeben

Anno Dni.
LXXVII
Aprill.



1

1. Retrato de don Juan de Austria, atribuido a Antonio Moro. Madrid, Museo del Prado (Anderson).

En las páginas precedentes:

1. Lectura del acta de clemencia para Bruselas el 5 de abril de 1574. Grabado de F. Hogenberg. Paris, B. N., Est. (Ségalat).

2. Entrada del duque de Alba en Bruselas, 1567. Grabado de F. Hogenberg. Paris, B. N., Est. (Ségalat).

3. Arresto de Egmont y Hoorn el 10 de setiembre de 1567. Grabado de F. Hogenberg. Paris, B. N., Est. (Ségalat).

4. Los españoles abandonan Maestricht el 27 de abril de 1577. Grabado de F. Hogenberg. Paris, B. N., Est. (Ségalat).

bra? Por lo tanto, en esta relación de secretario y rey, no adjudiquemos una astuta habilidad excesiva al primero como tampoco una total debilidad intelectual al segundo. Ello sería caer en el mismo error que la presentación *a posteriori* de Gregorio Marañón.

Sobre todo porque esta relación de Rey y Secretario sólo parece sorprendente a causa tal vez de las consecuencias escandalosas que le siguieron. Pues Antonio Pérez no es el único en haber dado a los contemporáneos la impresión de poseer por un momento la entera confianza del Rey. ¿No se ha dicho y repetido que Ruy Gómez era el Rey Gómez? ¿O, en su tiempo, el Cardenal Espinosa "el monarca de España"? Más aún, en los asuntos de los Países Bajos ¿no se había dado "carta blanca" al duque de Alba? Más tarde o más temprano, el Rey hubiera retomado su confianza como siempre. El mismo Ruy Gómez, si no hubiera muerto prematuramente en 1573, tal vez hubiera sido víctima de uno de esos cambios de afecto ya que el Rey no había tomado en cuenta sus consejos en el problema de Flandes. El Cardenal Espinosa, presidente de la poderosa Casa de Contratación, luego nombrado Presidente del Consejo de Castilla y Gran Inquisidor, sólo permanecerá siete años en la cima del poder. Después de su caída en desgracia en 1572, se refugiará en Segovia, habiendo pasado "como un relámpago", según expresión de Antonio Pérez. Pero éste tampoco duró más que once años en el favor del Rey y tampoco él comprendió, llegado el momento, su desgracia y el pequeño espacio que separaba "la sonrisa del rey de su espada".

Un estadístico diría que, término medio, la gracia del rey sólo puede conservarse una decena de años, como si éste fuera el límite natural de su paciencia. Entre 1569 y 1578, Don Juan mantendrá diez años los favores moderados de su hermano sobreviniéndole la muerte en un evidente estado de media desgracia. El sombrío Mateo Vázquez navega en las aguas del favor real hasta su muerte en 1591 pero sólo se encuentra en la Corte a partir de 1578-79. La misma regla para el príncipe Alejandro Farnèse, auténtico grande hombre, a la cabeza de las tropas españolas e italianas de los Países Bajos desde 1578 hasta 1592, fecha de su muerte, aunque su progresivo alejamiento de los favores reales se percibía desde hacía unos años. El Cardenal Granvelle durará hasta su muerte en 1586 pero sólo tuvo el favor real durante los primeros años fecundos de su "ministerio". El duque de Alba se mantiene cerca del soberano y no tiene una influencia decisiva sino a partir de 1567 y hasta 1569. De inmediato es la declinación; llamado desde los Países Bajos, es obligado al exilio en sus tierras luego del casamiento no autorizado de su hijo, don Fadrique. Es verdad que será llamado en 1580 y puesto a la cabeza del ejército de invasión a Portugal. Pero este retorno, fruto de las circunstancias, se debe a las instancias de Granvelle. ¿Revelan estos ejemplos una regla de juego? ¿Piensa el Rey que su prestigio debe mantenerse a este precio? O bien, lo que no es seguro, ¿soporta mal las personalidades demasiado fuertes?

Sin embargo, durante los últimos veinte años de su vida, el Rey se mantedrá fiel a sus consejeros. Juan de Idiáquez, el conde de Chinchon, Cristóbal de Moura, no caerán en desgracia. Tal vez porque no merecían esa suerte. Don Juan de Idiáquez es una figura muy noble. Pero, sobre todo, es Felipe II quien parece haber cambiado, quien parece haberse reconciliado con sus pasiones y sus sospechas. El fin de su vida aparece bajo el signo de una autoridad indiscutida, de una cierta paz interior. Volveremos sobre esto. En el rostro que le ha dado el Greco, hacia 1584, entre los numerosos personajes de la "gloria" del Entierro del conde de Orgaz, Felipe II desconocido, con una nueva expresión de bondad, se revela ante nosotros y nos sorprende.

El príncipe imprudente: don Juan de Austria

Pero volvamos atrás. A la muerte de su padre, Felipe II supo que tenía un hermano natural, don Juan de Austria. Carlos V había tenido este niño de una sirvienta o cantante de Ratisbona, Bárbara Flomberg, seguramente una persona vulgar y plena de vida que conoció en 1546 durante la campaña contra los protestantes; lo había hecho llevar secretamente a España y cuando Felipe II fue puesto al corriente, Don Juan tenía ya doce años. Rodeó a este joven hermano (veinte años menor) de afecto y cuidados y en 1569 le confió la conducción de la guerra de Granada que llevaría a buen fin no sin trabajo. Al mismo tiempo, lo tenía a rienda corta, impidiéndole actuar a voluntad, rodeándolo de consejeros ancianos contra quienes se irritaba en vano su joven ardor. Como el desventurado Don Carlos, Don Juan sólo sueña en glorias militares. De una valentía loca, magnífico entrenador de hombres, es idolatrado por sus soldados que murmuran: *"¡Éste sí que es hijo del Emperador!"* Y además, es posible que este hermano joven y hermoso haya podido inspirar cierta envidia a Felipe II que nada tenía de héroe de campos de batalla. Pero dudamos seriamente que don Juan tuviera una cabeza sabia o inteligente. En numerosas ocasiones Felipe II debió luchar contra sus extravagancias e imprudencias. Don Juan, a quien Felipe le rehusó en vida el título de *Alteza* que en suma hubiera borrado su mácula de bas-

tardo, sueña con conquistar para sí mismo un reino que lo sacará de una vez por todas de esta humillante situación. Esta herida a su amor propio de la que jamás se curará, arroja al joven príncipe en abismos de inquietudes y melancolías y en sueños poco razonables.

Fuera de esto, ¡cuán simpático es sin embargo don Juan en su pueril romanticismo, aun en sus defectos graves, en su evidente humanidad! La guerra de Granada, guerra colonial engarzada en el cuerpo mismo de la metrópoli, finaliza bajo sus órdenes después de una cacería humana sin piedad y de atrocidades recíprocas. Los moriscos, descendientes de los musulmanes y convertidos a la fuerza en 1502, no se rebelaron en su totalidad y la rebelión se concentró, como siempre, en las altas montañas. Pero vive de la complicidad del llano que los aprovisiona y no se apaciguará hasta que las deportaciones masivas dejen casi vacía la región baja del país. Sus desgraciados habitantes fueron conducidos atados con largas cadenas como galeotes y repartidos en Castilla. Agradezcamos a don Juan, testigo de estos horrores y que actuó obedeciendo órdenes, el haber escrito el 5 de noviembre de 1570: "Era el espectáculo más triste del mundo, pues en el momento de la partida llovía tanto, había tanto viento y nieve que esta pobre gente se apoyaba, los unos en los otros, lamentándose. No puede negarse que asistir al despoblamiento de un reino suscita la mayor piedad que se pueda imaginar. En fin, ya está hecho." Esta carta de un hombre de 23 años no está por supuesto dirigida al rey sino a Ruy Gómez. La guerra de Granada ha abierto las vías a la última gran cruzada del Mediterráneo. Los turcos han asumido la responsabilidad de iniciarla: han atacado Venecia, ocupando la gran isla de Chipre que la Señoría posee desde 1579. Las gestiones de Pío V han permitido, a partir de 1570, una colaboración marítima entre Venecia y la flota española y pontificia. Más aún, en 1571 una Santa Alianza se concluye entre Roma, Venecia y España y se le confía a don Juan el comando de la flota aliada que alcanzará sobre la flota turca el 7 de octubre de 1571 la espectacular victoria de Lepanto, la más grande obtenida por la Cristiandad desde hacía más de 300 años. Felipe II recibió la noticia sin manifestar la menor emoción, diciendo sólo: "Don Juan se ha expuesto demasiado." Y era verdad; había arriesgado de un golpe, en la incierta aventura, la totalidad de las fuerzas marítimas de la Cristiandad. No hay duda que el Príncipe Imprudente forzó entonces al destino.

Pero las glorias de Lepanto se disipan rápido. Las operaciones del año 1572 son oscuras y engañosas. En marzo de 1573, Venecia pacta con el Turco gracias a la inevitable mediación francesa. Entonces don Juan intenta una expedición contra Túnez, al finalizar la buena estación, cuando la flota turca, obligada a volver a sus bases lejanas, deja el campo libre. El 11 de octubre de 1573, el príncipe toma la ciudad. Las instrucciones reales —que habrían llegado demasiado tarde— le recomendaban desmantelarla y retirarse, maniobra sabia. Pero don Juan hizo construir un fuerte cerca de la ciudad conquistada y dejó allí una importante guarnición. La desobediencia es flagrante. Su objetivo, con la complicidad de Roma, era hacerse dar la corona del reino de Túnez. Pero al año siguiente, en 1574, una poderosa armada turca tomó el fuerte al mismo tiempo que el presidio de la Goletta, ocupado por Carlos V en 1533 y conservado desde entonces. En Madrid, don Juan y, más aún su ambicioso secretario Juan de Soto, fueron considerados responsables.

En resumen, la guerra grande abandonaría el Mediterráneo. Los turcos se volcarán cada vez más en las inmensas campañas contra Persia. Aun el Papado se volverá contra la Reforma y ya no contra el Islám. Felipe II se encontraba comprometido a fondo en el asunto de Flandes. Era necesario por lo tanto poner término a cualquier precio a los enormes gastos españoles que implicaba la guerra en el Mediterráneo. Los agentes españoles en Constantinopla, oficiales y semioficiales, permitieron lograr la conclusión, en febrero de 1577, de una tregua de tres años que después sería renovada. Pero esta tregua se practicaba ya antes de esta fecha. Y don Juan se encontraba prácticamente desocupado. Dicho esto, es imposible ver, retrospectivamente, en el triunfo de Lepanto, el ápice y, de algún modo, el símbolo del reinado de Felipe II. El grandioso espectáculo no debe encandilarnos. Ni llevarnos a juzgar a don Juan de un modo romántico, a decir verdad, tentador.

Entre tanto, en los Países Bajos donde la situación se volvía catastrófica, moría el Gran Comendador de Castilla, don Luis de Requesens (marzo de 1576). Una única solución: enviar allí a don Juan que recibió la orden de cambiar de frente.

El escándalo Escovedo

Don Juan no manifestó ningún entusiasmo, sospechando de antemano los peligros de una misión tan difícil. Para decidirlo fue necesario prometerle que una vez pacificados los Países Bajos, se lo autorizaría para invadir Inglaterra, liberar a María Estuardo a la que desposaría y reinar sobre la isla. El Príncipe romántico se dejó, si no seducir por lo menos convencer. Disfrazado de sirviente morisco de Octavio Farnèse, aceptó atravesar Francia con sus riesgos y peligros y llegó a Luxemburgo el 3 de noviembre de 1576. Allí recibió una carta del Rey confirmándole las promesas hechas a su paso por Madrid.

¿Era don Juan la mejor solución posible? En los Países Bajos era necesario llevar adelante, en forma urgente, una política de pacificación. Pero don Juan era un soldado que sólo quería batirse. Y, sin embargo, Felipe II dice a Antonio Pérez en un mensaje: "ningún remedio, salvo don Juan".

Subrayemos que desde 1566, la política real no se había fijado en ningún momento. Es cierto que Felipe estuvo siempre decidido a defender sus Estados y a salvaguardar el catolicismo y la preponderancia española a cualquier precio. Pero a menudo había cambiado bruscamente de opinión y de medios: partidario al principio de la represión que le recomendaba el duque de Alba, delegó en él toda la responsabilidad de las ejecuciones impopulares; ensayando después con Requesens una firmeza mitigada. Con don Juan de Austria buscará antes que nada y sinceramente una pacificación. Y, después de todo, la misma elección de don Juan puede explicarse en este contexto: dada la reputación militar del príncipe, amenaza por una parte pero conciliación por la otra. De cualquier modo la paz era necesaria para España; la bancarrota de 1575 fue sin duda provocada por el rey mismo, deseoso de liberarse de una buena vez de los prestamistas genoveses, pero no era un experto en este campo y no previó los resultados: los prestamistas amenazados reaccionaron de inmediato bloqueando los pagos en oro sobre los Países Bajos y el sistema financiero sobre el que reposaba hasta entonces el estado español hizo crisis.

En efecto, para sus diversas necesidades —una de ellas, la guerra de Flandes— el Rey debe asegurar la regularidad de los pagos y en monedas de oro, indispensable sobre todo para pagar el salario de los mercenarios. Se sabe que los recursos principales del Rey son los lingotes de metal blanco que recibe de América por Sevilla, pero de modo irregular. Los prestamistas genoveses transforman en corriente regular la corriente intermitente y, además, trasmutan la plata en el oro necesario para Flandes. Por lo tanto, ante la amenaza española, los genoveses bloquearon de inmediato el mercado del oro que dominan desde hace una veintena de años por lo menos. Primer resultado, dos días después de la llegada de don Juan, los soldados españoles que no han sido pagados, se amotinan en Amberes y saquean la ciudad. El 8 de noviembre, mediante el Acta de Pacificación de Gante, los Países Bajos, católicos y protestantes, se ponen de acuerdo para exigir ante todo la retirada de las tropas españolas.

Se impone por lo tanto negociar y a lo largo del invierno se arrastra la discusión: se busca engañar al otro y noticias falsas de Europa se lanzan por todas partes como así también brulotes para destruir los proyectos del adversario. En medio de estas conversaciones, don Juan se mantendrá bastante bien en su papel. Su nuevo secretario, don Juan de Escovedo, logra vender unas letras de cambio sobre España a ciertos mercaderes; los soldados vuelven lentamente al orden. Por fin, el 12 de mayo de 1577 se proclama en Bruselas el Edicto Perpetuo: las tropas españolas evacuarán los Países Bajos. Comienzan a moverse hacia el sud y Felipe II está de acuerdo con esta inmensa concesión.
Descartada la guerra, para don Juan es el fin de sus sueños. Por propia decisión se compromete entonces en negociaciones personales con Roma, con los Guisa, y el ambicioso Escovedo se presta a esta política, tan poco secreta que los hilos terminan regularmente en Antonio Pérez... Felipe II se irrita ante las intrigas bélicas de su hermano que toma Namur en diciembre de 1577 y, el 31 de enero de 1578, con los soldados españoles que han retomado el camino del Norte, castiga de modo magistral a las tropas de los rebeldes en Gembloux. Sin embargo, algunos meses más tarde será rechazado hacia Namur y casi arrojado fuera de los Países Bajos y es allí, en medio de soldados descontentos, diezmados, enfermos, que hallará la muerte. El tifus lo llevó el 1º de diciembre de 1578 y sus útimos pedidos de ayuda permanecieron sin respuesta.
Es cierto que el Príncipe Imprudente no fue, en estos últimos años de su vida, fácil de manejar, vigilar, dirigir. El Rey, siempre dispuesto a sospechar, tuvo con todo más de una vez ocasión de atormentarse, de enojarse con razón. Por su parte, Antonio Pérez atiza sus encrespados pensamientos y sus irritaciones. Por orden de su señor, mantiene a la vez una correspondencia oficial y una correspondencia secreta o llamada así con don Juan, la que a menudo pasa por Escovedo. Este último, colocado cerca de don Juan para vigilarlo mejor, es evidentemente infiel a esta misión. ¿Sucumbió al encanto de don Juan o, por el contrario, "captó" a don Juan, príncipe de corazón indeciso, para hacer de él un instrumento de su propia ambición? Escovedo es un montañés, un hidalgo de la Montaña (de la región posterior de Santander), cuya ambición y astucia no tienen límites.

En vísperas de su muerte, en medio de las dificultades que se conocen y las amarguras que se adivinan, don Juan envió a su secretario a España, adonde llega el 21 de julio de 1577. A partir de la primera entrevista con Antonio Pérez ya no se habla de paz: "Es rota —dice éste— la paz con Francia... y es menester tomar las armas." Escovedo viene en busca de órdenes de acción, dinero y más dinero; pero no llegan ni las órdenes ni el dinero, pese a sus gestiones, sus explicaciones, sus cóleras a través de este mundo complicado que es la Corte estrecha de Felipe II. En una ocasión exclama: "Hay montañas cerca de San Sebastián y de Santander donde yo viviría con más gusto cerca de las bestias salvajes que en medio de esta gente de la Corte." Sin duda hubiera estado allí por lo menos más seguro ya que algunos meses más tarde, el 1º de marzo de 1578, cayó asesinado en plena calle de Madrid. Esta muerte, después de tres tentativas fracasadas de envenenamiento, no se llevó a cabo por orden del Rey pero tuvo su consentimiento. No nos sorprendamos: el Rey, fuente de toda justicia, la distribuye sin remordimientos como sin alegría en nombre del mismo Dios. Si tiene escrúpulos, ellos sólo pueden provenir de su vivo deseo de equidad. Pero, si estima que es justo, tiene el derecho, sin otra forma de proceso, de hacer ejecutar a uno de sus vasallos. El derecho, vale decir, el deber. Así hizo estrangular en la fortaleza de Simancas a Montigny, representante de los señores de los Países Bajos y desgraciadamente su abogado. Del mismo modo, hizo dar el tormento del garrote a un aventurero, Martín de Acuña, el 4 de febrero de 1585 en la prisión de Pinto sin forma de proceso. ¡Y cuántos casos más habrá habido que desconocemos!

Dejemos por lo tanto de lado en el caso Escovedo, el carácter expeditivo de la justicia real. No juzguemos estos actos ni con nuestra mentalidad ni con nuestra sensibilidad. ¿El verdadero problema? Saber quién dio la orden de abatirlo y, sobre todo, por qué razón. Repitamos que el Rey sólo ha consentido; seguramente Escovedo había excedido los límites de su paciencia: es preciso tener en cuenta sus cóleras, su jactancia, sus indiscreciones públicas. El Rey Prudente, que no lo impresiona tanto como hubiera convenido, se convence fácilmente que el secretario era el mal consejero, un espíritu dañino para su hermano o, tal vez, que se dañaban recíprocamente. Están los antecedentes de las desobediencias reiteradas de ambos en los asuntos de los Países Bajos, en la negociaciones con Roma como con los Guisa, sea porque se ha tergiversado de modo insistente los designios propios del Rey, sea porque el Rey no es hombre de perdonar. En los Países Bajos el juego (es decir, la guerra o la paz) está claro desde diciembre de 1577 cuando don Juan se retira e instala por la fuerza en Namur. Por lo tanto, ¿por qué suprimir, el 1º de marzo de 1578, a Escovedo, inspirador de una política cumplida e ineluctable? Es demasiado tarde. Por otra parte, don Juan no ha sido el único en atizar la guerra; Guillermo el Taciturno, la reina Isabel, Enrique III y el duque de Anjou, los Guisa, todos han avivado esta guerra que no podía extinguirse. Felipe II acordará muy pronto a Alejandro Farnèse los medios, soldados y dinero que ha rehusado (sin rehusarlos abiertamente) a su hermano. ¿Para qué entonces abatir a Escovedo en la primavera de 1578 para salvar una política ya difunta? ¿Debe verse en la actitud del Rey una prueba suplementaria de sus celos profundos y tenaces frente a don Juan, del temor que experimenta ante los éxitos de éste, ante sus eventuales exigencias, sus extravagancias o aun su retorno a España para fundar allí un "partido político", una camarilla que le permitiría imponerse junto al viejo Rey? Este proyecto había sido concebido en todos sus detalles por don Juan y Escovedo.

Todo esto sin embargo resulta poco convincente mirado retrospectivamente. Es probable que nada hubiera ocurrido sin un largo trabajo de zapa del mismo Antonio Pérez, desarrollado día a día, según las circunstancias del momento y el humor del Rey y en la medida de los intereses particulares de Antonio ¿Pero, cuáles son esos intereses? Esto sería otra historia donde interviene seguramente la princesa de Eboli (que tiraniza a Antonio Pérez, y según públicos rumores, sería su amante). En todo esto ¿cuál ha sido el error de Felipe II? ¿Su insigne debilidad, su semilocura según palabras de un historiador reciente, ocultada por un rostro imperturbable, su excesiva credulidad ante sus servicios de espionaje? Cierto es que él vive en una atmósfera extraña, conviviendo con su secretario por meses y años en juegos dobles, triples, seguramente turbios. A don Juan, que en abril-mayo de 1577 se había mostrado deseoso de venir a la corte para desempeñar allí el papel que hemos señalado, Antonio Pérez le responde hablando del Rey: "Es hombre terrible y si entra en sospecha de que fuimos con fin particular en lo que le decimos, no acertaremos el golpe", y el mismo Rey a quien se le muestra la carta antes de ser enviada, anota al margen: "Este párrafo está muy bien así y lo mismo lo que usted dice allí..." ¿Es una felonía de su parte, desear mantener a cualquier precio al príncipe imprudente, en los límites de lo razonable, o es una trampa para juzgar los posibilidades de una traición por parte del interlocutor? La simulación, el humor macabro, el pensamiento tortuoso del Rey taciturno oprimen al espectador.

Pero, detengámonos aquí. No juguemos a los jueces ni, menos aún, a los detectives pues todo puede ser planteado de nuevo y vuelto al revés, en el pasado y negro legajo. Así, por ejemplo, nada nos asegura de modo absoluto que Felipe II no haya obtenido, en algún momento, los favores

de Ana de Eboli, la bella princesa tuerta; nada, absolutamente nada nos asegura tampoco que Antonio Pérez, a quien ella colma de dones extravagantes, no haya sido para la princesa más que un instrumento político. La mentalidad de la época terminaría por extraviarnos y los secretos del Rey Prudente que a nadie reveló jamás, salvo a su confesor, los repliegues de su corazón, nunca mostrarán lo esencial. Por otra parte, ¿ha sido el Rey honesto consigo mismo? En todo caso, es probable que después de la muerte de don Juan, la lectura de los papeles personales del príncipe que le son enviados desde los Países Bajos le haya aportado más de una revelación, tal vez la lealtad de su hermano. El remordimiento, el sentimiento de haber sido engañado, el espíritu de venganza penetraron entonces en su corazón. ¿Quién podría censurarlo? ¿Pero quién puede estar seguro de este proceso?

La conquista de Portugal

El 28 de julio de 1579 el Rey hizo arrestar a la princesa de Eboli y a Antonio Pérez. El verdadero escándalo Antonio Pérez comenzaba pero de él diremos sólo algunas palabras. El Rey había disimulado durante un año su resentimiento para con su secretario hasta el mismo día de su arresto. Sin duda porque un Rey todopoderoso no puede actuar a su placer y, sobre todo, un Rey Prudente. La irascible e inconsecuente princesa de Eboli tiene, por su familia, un peso importante en la nobleza grande, fuerza enorme que el soberano mantiene cuidadosamente a un lado pero que no subyuga con facilidad. Y en cuanto a Antonio Pérez, tiene necesidad de él sobre todo porque guarda en sus manos hábiles (y probablemente nada delicadas) todos los hilos del prodigioso caso portugués, manejado por los servicios españoles como una inmensa empresa de corrupción, de subordinación y de espionaje. Los reemplazantes serán el cardenal Granvelle, llamado a este efecto desde Roma y que, a la cabeza del Consejo de Italia manejará a los primeros ministros; y don Juan de Idiáquez que, en viaje desde Venecia, donde representaba al Rey Católico, se le ha unido en Génova. Granvelle terminó su viaje el 28 de julio de 1578. Su llegada fue la señal de la caída inmediata de Antonio Pérez.

Para el nuevo equipo sólo hay un problema urgente, esencial: la conquista de Portugal. Realizar así la unidad ibérica, unir al imperio español el vasto y frágil pero riquísimo imperio lusitano, reunir las Indias occidentales y las Indias orientales. Visto el plan sobre un mapa del mundo, por cierto no aparecía como un asunto pequeño. Sin embargo, su puesta en práctica se revelaba como relativamente fácil. El pequeño rey de Portugal había muerto en África el 4



1



2

de agosto de 1578 y había sido reemplazado en el trono por su tío, el viejo cardenal Enrique que murió en febrero de 1580. De hecho, luego de más de dos años, la sucesión estaba virtualmente abierta. Entre todos los candidatos: el duque de Saboya, Catalina de Médicis, los Farnèse, Felipe II tenía los derechos más evidentes y la ventaja de su vecindad y fuerza. El duque de Alba, llamado del exilio, avanzó con un ejército de invasión que no encontró resistencia y saqueó el país sin vergüenza alguna. Un bastardo de la familia real, don Antonio, prior de Crato, se había proclamado rey de Portugal, pero debió huir frente a los españoles, abandonar la capital luego de un simulacro de defensa el 18 de julio y retirarse a Porto en el Norte. Desalojado poco después por un raid de la caballería de Sancho Dávila, se embarcó por último en un navío inglés.

¿Cómo explicar esta facilidad, habida cuenta del poco amor que se tenían españoles y portugueses? Para éstos, los españoles eran más despreciables que los turcos; para aquéllos, los portugueses eran poco menos que salvajes . . . La rapidez de la intervención española ¿se debió a una traición omnipresente, meticulosamente preparada desde Madrid? Sí, sin duda. Pero también existieron algunas razones de orden general. Con su cadena de factorías, el imperio portugués es una inmensa planta parásita extendida a través del mundo. Esta planta parásita se adhiere también a los flancos occidentales de España, vive del trigo, más aún de la plata, del metal blanco de su vecina que ella reexporta hacia el Extremo Oriente hasta la China. Sevilla es el corazón que anima el gran comercio portugués. Además, Portugal no puede defender solo sus inmensas posesiones, la ayuda española se ofrece como un útil escudo. Por último, en la aventura Portugal no pierde sus libertades o sus privilegios; Felipe II y sus sucesores respetarán las instituciones del reino conquistado pero no sometido. Portugal fue visto como un "dominio" en el interior del imperio de Felipe II y permaneció como un ente autónomo.

En octubre de 1580, Felipe II estaba en Badajoz donde el 26 moría, a los 31 años, la reina Ana. El 5 de diciembre, acompañado del archiduque Alberto, sobrino suyo que él consideraba como su hijo, llegó a Portugal y se detuvo en Elvas que abandonó en febrero del año siguiente. Las cortes, convocadas en Thomar (a causa de la peste que reinaba en Lisboa) lo reconocieron como Rey y ante ellas prestó juramento de respetar las libertades del reino. Por otra parte, multiplicó la concesión de gracias, suprimió, en provecho de Portugal, las aduanas con Castilla, se esforzó por ganar a sus nuevos vasallos y les garantizó especialmente todos sus privilegios en el comercio con las Indias orientales.

La estadía de Felipe II en su nuevo reino es un momento muy importante. Para ellos será Felipe I. Allí está en Lisboa, frente al océano que no ha visto desde su desembarco en Laredo en setiembre de 1559. En sus encantadoras cartas a las infantas, sus hijas Clara Isabel y Catalina, habla del sorprendente movimiento de embarcaciones a lo largo del estuario del Tajo. Justamente un historiador, Gounon Loubens, sostuvo en 1861 que la verdadera solución para Felipe II hubiera consistido en mantener su capital en Lisboa, punto neurálgico del Atlántico y del mundo. Seguramente tenía razón. La presencia del Rey valorizaba el poderío, enorme en sí mismo, del gran centro marítimo, aceleraba la ejecución de las órdenes impartidas. Esto se pudo comprobar el 26 de octubre de 1582 cuando el marqués de Santa Cruz, saliendo de Lisboa y pese a su inferioridad numérica logró destrozar la flota francesa y ocupar el archipiélago esencial de las Azores. Es desde Lisboa con su puerto magnífico, o de Cádiz con su enorme rada, o de Sevilla —aunque ésta se encontraba tierra adentro— que la lucha del océano podía asumirse plenamente y tal vez ganarse. Pero Felipe II dejó Lisboa en febrero de 1583 para no volver jamás. Falta capital, pensaríamos nosotros, pues todas las posiciones atlánticas de la Península estaban ya comprometidas, exigían una atención particular o, mejor aún, exclusiva.

Hacía en efecto quince años aproximadamente que la lucha por la dominación de los mares se había entablado; desde 1566, con la primera sublevación de los Países Bajos y los actos de piratería (franceses, luego ingleses y holandeses) contra los navíos privilegiados de España. Entre 1568 y 1573, una guerra encubierta, pero real, hispano-inglesa si bien había sido resuelta bruscamente por un error del duque de Alba, había bastado sin embargo para cortar prácticamente las relaciones marítimas fáciles, la importancia estratégica entre la península y los flamencos. Pero la península no puede prescindir de la madera, ni del trigo del Norte (Bretaña, Inglaterra, Mar Báltico). En 1580, la escasez de Portugal y España obliga a compras masivas en el Norte dando origen a una crisis brusca a causa de la importancia de los pagos en numerario hechos en esa dirección: por un instante, el Mediterráneo se ve privado de su parte habitual de los "tesoros" de América. Estas relaciones entre el Norte y la Península se han asegurado de modo mayoritario desde mediados del siglo XVI por los navíos de holandeses y zeelandeses ya que los marinos y navíos de España y, sobre todo los bellos galeones de Vizcaya han asumido en forma creciente el servicio de las rutas de América y dejado por lo tanto la plaza vacía. En resumen, puesto que España ya no puede utilizar *militarmente* el océano desde el golfo de Vizcaya a Flandes, sus enemigos del Norte continúan allí un comercio ventajoso y tienen así su parte en los "tesoros" americanos.

Otra catástrofe silenciosa: alrededor de este año de 1566, un poco antes, un poco después, ha cesado la financiación del comercio con el Nuevo Mundo por los mercaderes genoveses. Todo un circuito esencial se transforma entonces. Hasta entonces, estos "financistas" se encargaban de los pagos exteriores del Rey de España, con la garantía de la plata real de las flotas de América, pero este metal blanco, salvo autorización especial, no tenía autorización para salir de la Península. Los genoveses transformaban la plata en la plaza que se les asignaba, en lanas, aceites, alumbre, cochinilla, y los exportaban para obtener fuera de España el numerario o las letras de cambio sin los cuales sus créditos se hubieran encontrado congelados y sus compromisos de pago para el servicio del Rey, en tal o cual lugar de Europa (sobre todo Amberes) imposibilitados de cumplirse.

Pero, más allá de 1566, las urgencias de Flandes obligaron al Rey a acceder a regulares salidas de numerario, hasta entonces bien vigiladas y muy raras. Los genoveses se desembarazaron entonces del comercio de mercaderías que no les era ya necesario. Dejan en Sevilla la plaza vacía. Pero el metal blanco no viene gratuitamente de América, es preciso pagarlo en vino, aceite, harina, telas, quincallería, en mercaderías que en parte son españolas pero que vienen sobre todo del Norte y que no se pagarán más que al retorno de las flotas de América, tres o cuatro años más tarde. Para financiar esta espera, los genoveses habían sido particularmente preciosos. Su abandono hizo surgir otros promotores, los mismos mercaderes del Norte tomaron la costumbre de adelantar sus mercaderías y los sevillanos se convirtieron, uno después de otro, en simples comisionistas de un tráfico cuyos resortes están en manos del Norte: al adelantar las mercaderías, se aseguran una parte importante de los retornos de América.

Aquí Sevilla y sin duda Lisboa, estas fortalezas atlánticas de la economía peninsular, fueron conquistadas sin efusión de sangre, por un capitalismo mercantil elemental, mucho menos sofisticado que el de los genoveses, grandes manipuladores de papeles todos ellos. De todo esto, Felipe II tiene poca conciencia. Llegado demasiado tarde al borde del Atlántico, lo abandona demasiado pronto. Se ha habituado, ha tomado el gusto, la pasión secreta de Castilla.

Los años de soledad: 1582-1589

No sé si éste es el título más exacto para los últimos años de Felipe II: a lo largo de su vida, la soledad fue siempre su patria

de elección. El Escorial de los últimos años no es más que el signo exterior, el medio. En todo caso, mientras el Rey continúa su tarea, el mundo que lo rodea no cesa de hacer oir su inmenso rumor, con más razón por el hecho de que esos son los años grandiosos de la política de Felipe II.

La razón material de ello es bien conocida. Se ha realizado un progreso considerable en la explotación de las minas de plata de América con la introducción del procedimiento de la amalgama hacia 1545 en Nueva España y, lo que es más importante para nuestro propósito, hacia 1572 en las minas de Potosí, en Perú. Muy pronto una masa creciente de metal blanco, colosal para la época, empieza a fluir hacia Sevilla con el retorno de las flotas de la Carrera de Indias. Todo está promovido por este flujo, el lujo, las riquezas latentes, la vida económica, los precios, la guerra gran devoradora de créditos, y la política española que privilegia esta distribución. Obsérvese esta política, comprometida todavía en los Países Bajos con el incomparable genio de Alejandro Farnèse, oponiéndose a cara descubierta a la Inglaterra de Isabel, después como antes de la Armada Invencible, comprometida en las luchas internas de Francia desde antes del asesinato de Enrique III (2 de agosto de 1589). Dentro de España o, mejor de la península ibérica, estos años de esfuerzos prodigiosos producen tensiones sobre las cuales estamos mal informados, como por ejemplo las perturbaciones de Aragón que se producen en el momento de la huída de Antonio Pérez, aragonés el mismo y que se refugia en Zaragoza al abrigo de los "fueros". Todavía, una simple intervención militar restablecerá allí el orden (1591), si no la calma de las conciencias. Tal vez sea demasiado pronto para hablar, en la época de Felipe II, de la declinación de España y para ver a toda costa síntomas precoces en los grandes acontecimientos exteriores y en las quiebras internas más supuestas todavía que conocidas.

De hecho, esta perspectiva nos parece discutible. A la muerte de Felipe II, España es la potencia colosal cuya masa domina aún la historia entera del mundo. Felipe II no ha sido el sepulturero de su grandeza. Dentro de la Península, el orden ha estado siempre amenazado como en tantos países de la época. Los Grandes ya no pueden dirigir al país a su placer. Un florentino dice, en 1590, que basta un alguacil para poner las cosas en su sitio. ¡Cuán bienvenido hubiese sido este alguacil, aún en la Francia tumultuosa de Enrique IV!

Fiel a su deber hasta el final

Felipe II cumplió con su deber hasta el fin con un rectitud sin igual. Hazaña ésta, que no nos condena a nosotros, historiadores, a tributarle elogios incondicionales. Pero es un hecho que todo el gobierno de España y su Imperio, todo lo que la máquina gubernamental podía captar de esta enorme vida dispersa y diversa, desembocaba en ese trabajo de galeote, ese motor, que con su ritmo, giró sin cesar. Con más de 60 años, el Rey pasa todavía cada día, nueve horas en su mesa de trabajo, lo que significa levantarse con el sol y acostarse muy tarde pues durante la jornada reposa algunos instantes, visita a su hija Clara Isabel (Catalina se ha casado con el duque de Saboya, Carlos Emanuel en 1585), a su hijo Felipe cuya educación constituye una de sus grandes preocupaciones; agréguense los momentos de recogimiento y de plegaria, por último las audiencias, que a decir de un embajador (1587). le ocupan una hora de la tarde cuando no está enfermo.

Cuenta con colaboradores, claro está. Discute frecuentemente con el conde de Chinchón y, más aún, con Juan de Idiáquez que con Cristóbal de Mours, forman el triunvirato (la Junta) a la cual retirará su confianza. A ellos se agregarán el marqués de Velada, el archiduque Alberto, el infante don Felipe. Pero no se trata de ministros (no hubo más desde la muerte de Granvelle en 1586), sólo de empleados, de ejecutantes. El viejo Rey los domina a todos y sólo se hace ayudar en verdad, cuando durante las horas de trabajo disfruta del placer de la presencia de su hija Clara Isabel, la luz de sus ojos, una de las raras alegrías de su vida declinante: ella fue su alumna como él lo fue de Carlos V. Ella le lee los despachos. Se asegura que además, él le impide hablar a solas con el príncipe Felipe, fuera de su presencia, tan grandes son sus temores con respecto a la educación de su heredero.

En esta vida, todos los días, todas las noches se parecen. Están, es cierto, los viajes de una residencia a otra, lo más frecuente, de Madrid al Escorial, pero sólo se trata de una interrupción; o esos viajes difíciles que lo condujeron a Zaragoza y a Barcelona en 1585, a las cortes de Tarragona en 1592. A menudo hay también partidas de caza.

Sólo la enfermedad puede desarreglar sus horarios y tampoco estamos muy seguros que interrumpa su trabajo. Pese al diagnóstico de los médicos de su tiempo (y del nuestro), el Rey goza de una salud muy superior a la de Carlos V. Tal vez como resultado de una vida reglada y prudente. Bebe poco en la mesa y su gusto exclusivo por la carne no lo lleva jamás a comidas excesivas; gusta cada plato, pero con moderación, según comentarios de sus ayudantes de cámara, recogidos por un florentino (1590). Este dominio de sí en la mesa contrasta con el apetito desordenado del emperador Carlos V. En recompensa, Felipe pudo siempre pedir a su cuerpo el servicio que exigía su paciente y metódico trabajo, tal como lo había concebido de una vez y para siempre. Tuvo así la posibilidad de buscar su propia perfección, una perfección deseada que no debemos juzgar con excesivas ni muy escasas ilusiones. Lo que cuenta es su sentimiento de realizar del mejor modo posible su oficio de rey, de administrador de justicia, de responsable frente a Dios.

No son las nuestras palabras generales y sin fundamento. Una prueba nos es proporcionada por el caso Antonio Pérez que provocó la desgracia y la prisión del favorito, el 28 de julio de 1579, y que durará tanto como su reinado mismo y más allá. Si el Rey es lento y duda, es porque quiere evitar escándalos, pruebas de fuerza. Pero para él, corazón inexorable, no se trata de renunciar al castigo de un ministro prevaricador, pérfido y que, por añadidura, detenta comprometedores papeles de Estado. El Rey se lanza a recuperarlos, uno después de otro, pero el culpable sabe que son sus armas últimas. Es una lucha complicada, inexorable, que avanza lentamente.

Aspecto no atendido del problema y que merecerá nuestra atención; en el ocaso d su vida, el Rey deseará esclarecer su conciencia: quiere conocer la última palabra a propósito de la muerte de Escovedo y pesar su propia responsabilidad. El 23 de febrero de 1590 (doce años después de su primer aprisionamiento), Antonio Pérez es intimado por el Rey, mediante un billete escrito por su propia mano, para que declare las razones exactas que le dio para la condenación de Escovedo, ""porque, para mi satisfacción y la de mi conciencia —escribe él— es preciso que yo sepa si esas razones eran suficientes o no". Detengamos aquí esta historia sin fin, sin demorarnos en la parcial confesión del culpable sometido a tortura, en la huída a Aragón, luego a Francia. No retengamos más que este drama revelador de la crisis de conciencia real. Ella nos iluminará la imagen de Felipe II en sus últimos años, con un golpe de luz brusco. Un Felipe no carente de grandeza.

Un combate exterior sin discernimiento

A partir de 1580-1582, España, agrandada con la anexión de Portugal, enriquecida por los crecientes arribos de metal blanco americano, se abandona a excesos imperialistas. Por todas partes se le ofrece a Felipe II ocasión de lucha y nunca él la rehusa en un combate a lo don Quijote como se ha dicho (aunque existe un ligero anacronismo, pues el *Quijote* es de 1604-1614). No se trata de luchar contra molinos de viento, enemigos ilusorios, pero no se tiene en cuenta de ningún modo la desproporción entre la importancia de la lucha y los medios utilizados. Sin duda, los de España son inmensos, a la escala del mundo, pero, ¿es natural, es razonable que se bata en todos lados a la vez? Sobre los campos de batalla clásicos de Europa y sobre los siete

1

1. La armada. Grabado de F. Hogenberg. París, B. N., Est. (Ségalat).

2. Tiziano, Retrato de Felipe II. *Roma, Galería nacional de arte antiguo* (Scala).

3. Rubens, Felipe II a caballo. *Madrid, Museo del Prado* (L. Perugi).

En la página 75:

1. Conclusión de la liga contra los turcos. Autor desconocido, 1571. Siena. Archivio di Stato. Biccherna; prov. dal Comune (R. Bencini).

2. Victoria naval de Lepanto, 1571. Autor desconocido, posterior a 1571. Siena. Archivio di Stato. Biccherna; prov. dal Comune (R. Bencini).



2



mares del mundo, contra enemigos políticos y religiosos, contra los Países Bajos rebelados, la Inglaterra de Isabel y Francia que muy pronto será la de Enrique IV, "Monsieur de Vendôme" como dicen obstinadamente los documentos españoles que no quieren reconocer al Bearnés como legítimo sucesor de Enrique III, mucho menos que como verdadero rey de Navarra. No nos detenemos con placer en estos juicios a menudo repetidos. En verdad, las llamas de esta guerra que, más allás de los años 1580, invade el mundo, son llamas antiguas que no hacen más que crecer. España no ha podido elegir. Ella es atacada más que atacante.

Francia, vencida sin serlo en 1559, pero vencida por el hecho mismo de sus querellas luego de 1562, jamás ha renunciado a su papel esencial, ser el contrapeso de España. Cercada por las posesiones de su adversario (Rosellón, Milán, Franco Condado, Países Bajos), no sabría decirse quién amenaza a quién, si el situador que cerca o el sitiado que aisla y separa una de otras las posesiones del español. En 1572, en la vigilia de la noche de San Bartolomé, la guerra pareció muy próxima, inevitable; en 1578 y 1582, el duque de Anjou, hermano de Enrique III, interviene en los Países Bajos, desautorizado por su madre Catalina de Médicis y por su hermano, pero de labios para afuera. Es lo que en el siglo XVII se llamará con la frase feliz de guerra encubierta; en nuestros días sería la guerra fría. Pero fría o encubierta, la guerra es la guerra. Por lo tanto, la tentación, la necesidad de inmiscuirse en los asuntos franceses, de atizar las querellas religiosas y políticas es grande para el Español. Es también posible que el Católico haya sostenido con su dinero a los protestantes comprendido en ellos a monsieur de Vendôme, antes de su acceso al trono. La política, aún en los manejos de Felipe II, puede superponerse a la misma religión. Lo que no quiere decir que las pasiones religiosas no hayan desempeñado su papel. Bien por el contrario. En los últimos años de las luchas franco-españolas, los católicos franceses, salvo ambiciosos demoníacos como los Guisa, no se vendieron al español, se le *entregaron* como lo prueban las cuentas de la tesorería española.

Llamado así por las pasiones franceses, el Español sólo tuvo que dejarse llevar por los acontecimientos. ¿Podía actuar de otro modo? ¿No oponerse a la victoria del Bearnés? ¿No sostener la Liga, máquina de guerra que no había creado? ¿No ensayar, pese a la ley sálica, obtener la corona de Francia para su hija mayor, Clara Isabel, nieta de Enrique II?

En los Países Bajos la paciencia tuvo su hora, no así la tolerancia ni la resignación. Claro, los historiadores diagnosticamos fácilmente que hubiera sido posible aceptar una especie de paz de Augsburgo, de Edicto de Nantes "avant la lettre", en el momento de la Pacificación de Gante (1577), con el Sur católico y el Norte protestante. Ello hubiese sido un salto de 20 ó 30 años hacia el porvenir puesto que es la solución que se impondrá con la firma de la Tregua de los Doce Años, pero en 1609. No es por lo tanto más que un razonamiento *a posteriori*. España no hubiera perdido nada, declara un historiador: habría tenido la ventaja de renunciar a esa prueba de fuerza, dispendiosa en razón de la misma lejanía del teatro de operaciones. Este razonamiento de Carlos Pereyra me parece discutible desde todo punto de vista. ¿Qué supremacía, qué potencia ha existido a través de la historia que no haya siempre encontrado sus oponentes, sus contrapesos automáticos? Supongamos apaciguado, arreglado el problema de los Países Bajos. El Español hubiera encontrado en otra parte la maniobra peligrosa y la rabia de sus adversarios, sea sobre las rutas del vasto mundo marítimo o sobre las costas de sus posesiones de las Indias, o aún sobre las costas de España que los marinos protestantes del Norte insultan con facilidad, como sucedió durante los veinte últimos años del reinado de Felipe II y durante el saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596. Notemos además, sin querer cerrar el debate, que el Español después de todo ha mantenido los Países Bajos, ha salvaguardado su dominio sobre las provincias del Sur y salvado al catolicismo en esta marca fronteriza. De allí sólo será desalojado en 1713 con la paz de Utrecht. Por lo tanto, combatir allí o en otra parte . . . que más da. El mismo razonamiento o casi el mismo vale con relación a Inglaterra.

Cuando Felipe II le declara oficialmente la guerra, en 1587, el pretexto es, por lo menos en este caso, de un cierto peso: la ejecución de María Estuardo, decapitada por orden de su carcelera, Isabel. Pero mucho antes de esta fecha, desde diez, veinte o treinta años atrás, la invasión de Inglaterra ha estado a la orden del día en toda la Europa católica. En 1559, inmediatamente después de Câteau-Cambrésis, la Francia de Enrique II se ofreció a tentar la operación, de acuerdo con Felipe II. Éste no tuvo escrúpulos en aceptar, lo que prueba, una vez más, que ya entonces, la religión era una cosa para él y la política otra. Si en 1569 el duque de Alba hubiera sido menos sagaz o menos pusilámine, España hubiera llevado a cabo sola la operación, lo que Felipe II, imprudente por una vez, habría querido. En lugar de esta aventura, se llegó a la Convención de Nimega (15 de marzo de 1573) que remediará mal la situación pero permitirá esperar. Entretanto la gran guerra de la piratería inglesa se acelera con el último tercio del siglo. Antes de 1566 estas pillerías existen pero a la buena de Dios; en verdad, a menudo reemplazan, el comercio contrabandista hacia las islas del Atlántico y las costas del Nuevo Mundo. Hawkins fue durante mucho tiempo el héroe tranquilo. Después, la violencia se volvió la regla; el gran viaje de Francis Drake alrededor del mundo (con el pillaje de las costas de Chile y Perú) cubre los años 1577-1580. Por lo tanto, la guerra existe, está bien viva, desde antes de 1587; la Armada Invencible existe en los espíritus aún antes de iniciarse en Lisboa y otros lugares, la recolección laboriosa de navíos, víveres, municiones y hombres.

La Invencible, creada con tantos medios, desde el punto de vista de España sólo ha tenido dos errores graves: surgir tan tarde, cuando el poder inglés ha crecido enormemente durante la segunda mitad del siglo XVI; fracasar en las condiciones dramáticas que se conoce. Un bello libro reciente y objetivo de un historiador americano, Garett Mattingly, prueba que la Invencible se comportó con valentía, que forzó la travesía del canal, que enfrentó al adversario . . . Finalmente, tanto o más que los ingleses, los vientos contrarios, el mal tiempo, los bajíos arenosos mal reparados de la costa flamenca dieron cuenta de su resistencia. Luego, para volver a Santander, cumplió el periplo de las Islas Británicas, viaje fantástico, alucinante a decir verdad, con innumerables naufragios. El Rey recibió la noticia de esta catástrofe sin abandonar la calma; recibirá además con bondad al vencido, el duque de Medina Sidonia. Él había enviado a la flota para batirse contra hombres, no "contra los vientos y la mar".

Se puede discutir sobre las responsabilidades por cierto. Para Gregorio Marañón, el culpable sería el mismo Felipe II que puso a la cabeza de la armada, después de la muerte del maravilloso marqués de Santa Cruz, al incapaz Medina Sidonia. Pero éste estaba asistido por marinos prestigiosos: Recalde, Bertendona, Oquendo, Pedro Valdes; del mismo modo, la flota inglesa estaba comandada por un aristócrata, Howard, poco familiarizado con las cosas del mar. También se ha acusado a la pesadez de los navíos españoles, altas masas flotantes que los cañones ingleses golpean en la línea de flotación mientras que sus propios disparos tirados desde arriba pasan por encima de los enemigos; no servían más que para el abordaje. Pero, al fin de cuentas, el abordaje era una solución y esos navíos hicieron frente al enemigo en la línea de combate. O bien, se trataría de la falta de Alejandro Farnèse que tenía listos para la invasión los soldados y los navíos planos pero no supo contar, en el momento justo, con un puerto cómodo, al menos de la calidad de Flessingue . . .

En realidad, la catástrofe no fue completa, una parte de la flota regresó a España.

Además, el dinero no falta después del fracaso: el metal blanco continúa atravesando "como si Dios lo guiase", el Atlántico y llega a Sevilla. Y el dinero puede reparar y repara bien las cosas. En 1597, una segunda armada amenazó en vano a Inglaterra: la tempestad le hizo dar media vuelta. En 1601 una tercera recomenzó la aventura, sin mejor éxito es verdad. Pero durante este lapso la guerra de Irlanda, financiada por España, ha arruinado a la Inglaterra de Isabel, como lo prueban las cuentas del tesoro inglés. Y no es Inglaterra la que crecerá, después de estos fracasos, sino más bien Holanda. Holanda, pese al secuestro de centenas de navíos en el puerto de la Península y las prohibiciones dictadas tantas veces contra sus marinos y mercaderes, continúa ligada de hecho al tráfico que alimenta a España. En cierto sentido, Holanda es un reflejo de las riquezas españolas y su funcionamiento prueba que España todavía no está muerta.

El gran fracaso de los ibéricos no es la Invencible sino el contorno del cabo de Buena Esperanza por los navíos holandeses de Corneluis Houtman en 1596. Un imperio oriental holandés comienza entonces a delinearse, copia del imperio portugués y que, como éste, dependerá del metal blanco de América, vale decir de Sevilla y, por lo tanto, de España.

En resumen, la Armada Invencible y su batalla de diez días en 1588 es seguramente un verdadero desastre para el reino de Felipe II pero no la puñalada definitiva en la carne viva del poderío español. España sobrevivió a esta hora de prueba.

Elegir su guerra

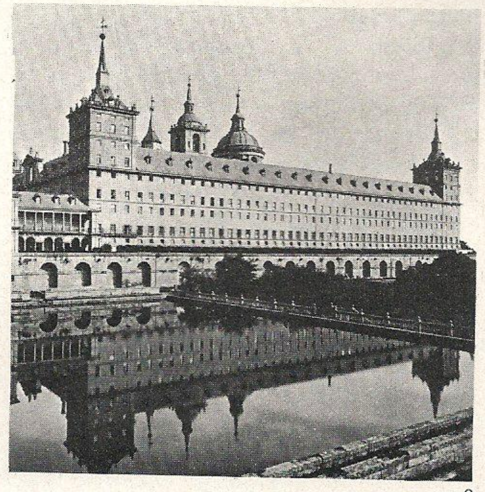
Si los Países Bajos donde retomó la tarea interrumpida por la muerte de don Juan, vale decir la guerra hasta sus últimas consecuencias, Alejandro Farnèse hubiera sido el jefe de los destinos del imperio español, hubiera elegido su guerra, la que llevó contra las provincias del Norte, de preferencia a toda otra. Una sola guerra a la vez.

Él supo, desde el principio, separar las provincias del Sur de las provincias del Norte. Éstas formaban la Unión de Utrecht, aquéllas la Unión de Arras. Los Países Bajos estuvieron entonces definitivamente "cortados en dos ". Sostenido por el dinero de España y por un ejército admirable, retomó Bruselas, Gante y, después de un gigantesco sitio, Amberes (1585). El año precedente, Guillermo de Orange, el Taciturno, había sido asesinado por un agente de España. Parecía por lo tanto que la partida sería ganada. Lo que el duque de Alba no supo hacer, el príncipe de Parma lo tuvo al alcance de la mano. Nada cambiaría el pequeño cuerpo expedicionario inglés que allí desembarcó.

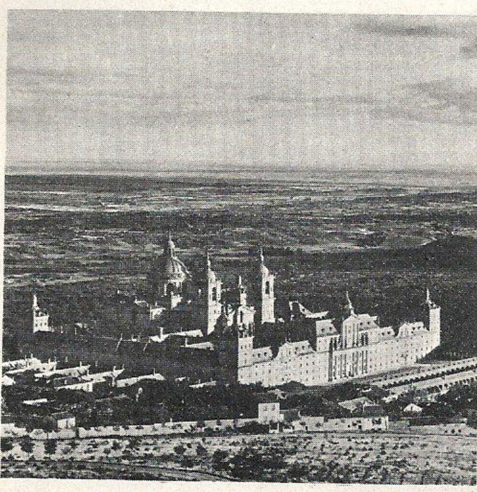
Pero sus proyectos son interrumpidos por el destino de la Invencible; algunos años



1



2



3

1. Felipe II, en el centro: detalle del Entierro del conde de Orgaz, *de El Greco.*

2, 3, El Escorial: vista del monasterio de S. Lorenzo (Anderson).

En la página 83:

1. El Greco, Entierro del conde de Orgaz. *Toledo, iglesia de Santo Tomás* (L. Perugi).

más tarde por el proyecto de la aventura francesa. El príncipe levanta el bloqueo de París, sitiada por el Bearnés en 1590 y lo obliga al año siguiente a levantar el sitio de Rouen pero, herido, muere en Saint Waast de Arras a los 47 años.

Elegir su guerra, es justamente lo que España no supo hacer jamás ni podía hacer. Hubiera necesitado disponer de un rapidez de movimiento, de una fuerza de choque que nadie poseía entonces ni siquiera el más fuerte. Las guerras del siglo XVI se encendían rápido y se extinguían mal porque los adversarios tienen siempre tiempo de reconocerse, de concertarse. La lentitud del Rey Prudente —digámoslo una vez más— ¡qué magnífica imagen de la lentitud de todas las formas de acción de aquel tiempo!

Una paz por hastío

Oficial en 1595 por la declaración de guerra lanzada por Enrique IV, la lucha entre Francia y España duró tres años, hasta la paz de Vervins. Paz que se anunció muy pronto en el horizonte. Después de haber retomado Amiens (25 de setiembre de 1597), lo que hizo gran ruido en Europa, Enrique IV sintió que ingleses y holandeses lo sostenían en forma débil por ser partidarios de una guerra larga que les ofrecía el mundo hispánico por entero a su pillaje. Pero el nuevo rey, por el contrario, para reconstruir Francia necesitaba de la paz y lo más rápido posible, aun de una paz blanca como en 1559. Por su lado, el viejo rey de España, después de la nueva bancarrota de 1596 se encuentra en la misma situación difícil que en 1575. El sistema de distribución del dinero político de España se ha engranado de nuevo. En los Países Bajos donde se vuelve difícil asegurar el revituallamiento en numerario, la situación se agrava y el archiduque Alberto de Austria que está al frente se queja de ello amargamente. Inútil engañarse, una vez más el Español aprende a sus expensas que Francia es todavía demasiado vasta, según las velocidades de la época, para ser tomada de un golpe. Ella resiste por la misma masa de su espacio donde, como decían los expertos del tiempo: una guerra contra ella no podía ser más que "periférica".

En la paz con Francia, Felipe II encontraba una ventaja suplementaria, de un precio inestimable para él. Este hombre, ya un fantasma, una sombra —según se nos dice— tiene un secreto bien guardado. Quiere casar a su hija, la niña de su corazón, Clara Isabel Eugenia, con el archiduque Alberto (cardenal que no había recibido las órdenes) y cederles los Países Bajos, instalarlos allí como soberanos a medias independientes, ponerlos al abrigo de las nuevas influencias que el viejo rey adivina ya en torno del futuro Felipe III. Esta solución es impensable sin la paz con Francia. La enfermedad —fiebre, gota, desvanecimientos— ataca tan fuertemente al Rey que el 6 de mayo de 1598 todos creen que ha llegado su hora. "Rápidamente estipuló y suscribió personalmente la renuncia a los estados de Flandes —escribe una correspondencia diplomática del 19 de mayo siguiente—, en beneficio de la señora Infanta con el compromiso de casarse con el archiduque Alberto de Austria." Dejemos de lado las condiciones que restringen esta cesión y que el gobierno de Felipe III rodeará en seguida de limitaciones. No es el porvenir lo que nos interesa, sino el presente en esa primavera del año 1598 y ese "secreto" que acaricia el viejo Rey.

En verdad, es una pequeñez sobre el vasto océano de la historia, cuando un movido siglo está a punto de cerrarse y de cerrarse sobre una serie de transformaciones profundas. Los historiadores de la economía nos dicen que hacia 1595 se opera un retorno a la tendencia secular, es decir se produce todo un cambio profundo y desfavorable del clima de la economía y por consiguiente de la vida entera de los hombres. Forzosamente, este retorno no puede afectar únicamente al conflicto hispanofrancés, vaciéndolo de contenido, interesa también en el mismo grado a las otras dos guerras. Sin el aliado francés, ingleses y holandeses se encuentran más expuestos a los golpes de un adversario siempre temible. Sobre el Atlántico, en América, en el Mediterráneo, en el Océano Índico, la guerra protestante es cada vez más una industria menos próspera. Todavía la carcasa española demuestra una gran solidez. Un poco de tiempo, un poco de paciencia y se produce lo inevitable: la paz hispanoinglesa se concluye en 1604, la paz con las Provincias Unidas en 1609. Pero el viejo Rey ha abandonado ya la escena del mundo donde se demoró tan largo tiempo.

El 13 de setiembre de 1598

Felipe II, alertado a menudo por el mal, supo organizar su muerte con gran anticipación, con toda lucidez, como una obra de arte calculada a la cual no se mezcla ninguna nota falsa. Pese a la opinión de sus médicos, a los primeros ataques dolorosos del mal (una septicemia generalizada), se hizo transportar en junio al Escorial para morir allí. No en soledad: llega allí donde están todos los suyos, lo esperan sus muertos cuyos cuerpos ha reunido, y llega acompañado de su hijo, el futuro Felipe III; de su hija la Infanta que partirá para Flandes, de los Grandes de la Iglesia y de los Grandes de este mundo que lo acompañarán en el curso de una pasión que fue más larga de lo previsto. Es una muerte tan acompañada, tan social, tan ceremonial como es posible. Ni el orgullo ni la soledad lo acompañan esta vez, sino el ejército de los santos, una nube de plegarias, en una procesión ordenada donde él conserva su papel sin desfallecer. Así morirá en el recto camino de la vida católica más pura.

Su enfermedad fue atroz: descomposición, putrefacción del cuerpo, enormes tumores que los médicos abren uno después de otro, nada le fue ahorrado. El 12 de agosto, un mes antes del fin, toda esperanza pareció perdida y "esa noche en casa de la emperatriz (la hermana de Felipe II retirada en Madrid) se estaba casi de luto". Pero la enfermedad no cesa de oscilar, surgen mejorías que se apagan al día siguiente, así el 14, luego recaída del 16 al 24. En seguida una nueva mejoría. En estos momentos de respiro como en medio de sus sufrimientos, el Rey conservaba una "increíble constancia, resignación y tranquilidad de ánimo, continuaba dando sus consejos, ocupándose de unos y otros, "descendiendo . . . a cosas minuciosas" tanto en lo que concernía al duelo de la casa real, a las recompensas de sus viejos servidores, de sus hijos, o de sus colaboradores directos como don Juan de Idiáquez o el conde de Chinchon.

Y en el curso de esta fastuosa agonía ¡hasta qué punto Felipe II continúa siendo el hombre de la máscara —o mejor, pongamos las palabras en plural— el hombre de las máscaras! Es cierto que por cada máscara que nosotros nos fabriquemos con nuestra sustancia misma y a nuestro gusto, diez, veinte, nos son impuestas por la sociedad, o la época misma en que vivimos. Felipe II es impensable fuera de su tiempo y de las reglas del juego concientes o inconcientes que él impone: no podía morir más que en medio de estos fastos religiosos.

A partir del retrato del Greco, el único conmovedor que conozco de Felipe II (y Gregorio Marañón ha experimentado antes que yo el mismo sentimiento), no he cesado de pensar que, en su corazón religioso, el Rey Prudente debía ser explicado por las aguas vivas de lo que se llama —con una palabra que yo rechazaría con gusto pero que es cómoda— la Contra-Reforma española: Reforma y Contra-Reforma son de hecho un mismo incendio espiritual, surgido en el mismo instante de las mismas causas, de parecidos o diferentes movimientos a la vez. En otros términos, quiero decir que Felipe II ha sido contemporáneo (y se explica por ellos) de Santa Teresa de Ávila, de San Juan de la Cruz, y del Greco, aún cuando, como parece, no haya apreciado el arte de éste, aún cuando no haya caído de rodillas frente a aquéllos.

Es inevitable que el gobernante tenga siempre "las manos sucias" o más exactamente, las manos rojas de sangre, sea inocente, sea culpable. Felipe II no escapa a esta maldición, sus finas manos están rojas con la sangre de otros. Pero esto de todos modos, no incide en lo que él quiso o soñó ser y,

seguramente no le significa el monopolio del fanatismo.

No creo por lo tanto que el conflicto que nosotros, hombres de otra época y ricos en tantas experiencias vividas desde el siglo XVI, que nosotros planteamos entre el poder y la religión sea la dialéctica explicativa de la vida y la obra del Rey Prudente. Todo sucedía con naturalidad porque Dios velaba por los príncipes.

Tampoco creo que en esas horas últimas haya pasado por el Rey la idea espantosa de legar a su hijo una situación disminuida, atrasada, una España, como diríamos hoy, en "decadencia". ¿No había acaso luchado, preservado, ampliado la enorme herencia que él había recibido, hasta las lejanas Filipinas? Aún en el Siglo de Oro, cuyas llamas arderán tan alto en la España de los años venideros, por su sensibilidad para las cosas del arte y del espíritu, por su gusto por los libros, por las investigaciones científicamente realizadas sobre la población y la economía de Castilla (las *Relaciones topográficas*) él ha sido un buen artesano. Nacido en 1580, Francisco Quevedo dirá más tarde del viejo Rey: "Dejó la paz en sus reinos, la gloria en sus ejércitos, el temor en sus enemigos."

El trabajo de los historiadores, en el curso de los últimos cien años ha desembarazado poco a poco el recuerdo de Felipe II de sus leyendas, la dorada y sobre todo la leyenda negra. Pero todavía hoy, en forma menos grosera pero sutilmente deformante, una suerte de historia negra oculta demasiado a menudo la grandeza excepcional de España. Por caprichos de la historiografía, la de España ha sido con demasiada frecuencia librada a los historiadores de Italia, Alemania, Países Bajos, Inglaterra, Francia que la han visto y juzgado, siempre sin maldad pero a partir de documentos que luchan ellos mismos todavía hoy contra esta España por tanto tiempo gravosa para otros. Pero ni Felipe II ni la España encarnada en él deben verse a través de la *Apología* de Guillermo de Orange, o de la *Satira Menippea* ... Es necesario retomar los legajos nacionales compilados contra España. Reexaminar así, para señalar uno solo de estos ejemplos, a partir de Benedetto Croce y llegar a los libros recientes de Francisco Elías de Tejado, las múltiples relaciones entre España e Italia ... Tales trabajos sobrepasan evidentemente los límites de la biografía que son los de este estudio. Sólo deseo vivamente haber hecho justicia al soberano que se nos aparece tan extraño a lo largo de una vida larga y muy cambiante. Justicia a él en primer lugar —y es lo más fácil— pero también repitámoslo a la España de su tiempo que tuvo la gloria —nunca exenta de tristezas— de dominar el mundo entero, desde las Indias occidentales hasta las Indias Orientales, vale decir, de un confín al otro de la tierra.

Bibliografía

A. Pérez, *Relaciones de Antonio Pérez,* 1598; A. Miguet, *Antonio Pérez et Philippe II,* 3ª ed., 1854; F. Montana, *Felipe II el Prudente y su política,* s.d.; M. Gachard, *Don Carlos et Philippe I,* 1867; G. Muro, *Vida de la princesa de Eboli,* 1877; A. Morel-Fatio, *L'Espagne aux XVIº et XVIIº siècle,* 1878; H. Forneron, *H. de Philippe II,* 4 vol. 1881-1884; R. P. L. Serrano, *La liga de Lepanto,* 2 vol., 1913-1919; P. O. de Törne, *Don Juan d'Autriche et les projets de conquête de l'Angleterre,* 2 vol., 1925-1927; J. Cassou, *La vie de Philippe II,* 1927, Earl J. Hamilton, *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650,* 1934; Padre J. M. March, *Niñez y juventud de Felipe II,* 1941; G. Marañón, *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época,* 2ª ed., 1948; B. Croce, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza,* 4ª ed., 1949; H. y P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique,* 1955-1960, 13 vol. En especial se recomienda el libro del autor de este trabajo *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II,* 2ª ed. fr. 1967, del que existe edición castellana del Fondo de Cultura Económica, 2 vol. (N. del E.).

El fascículo Nº 65 de

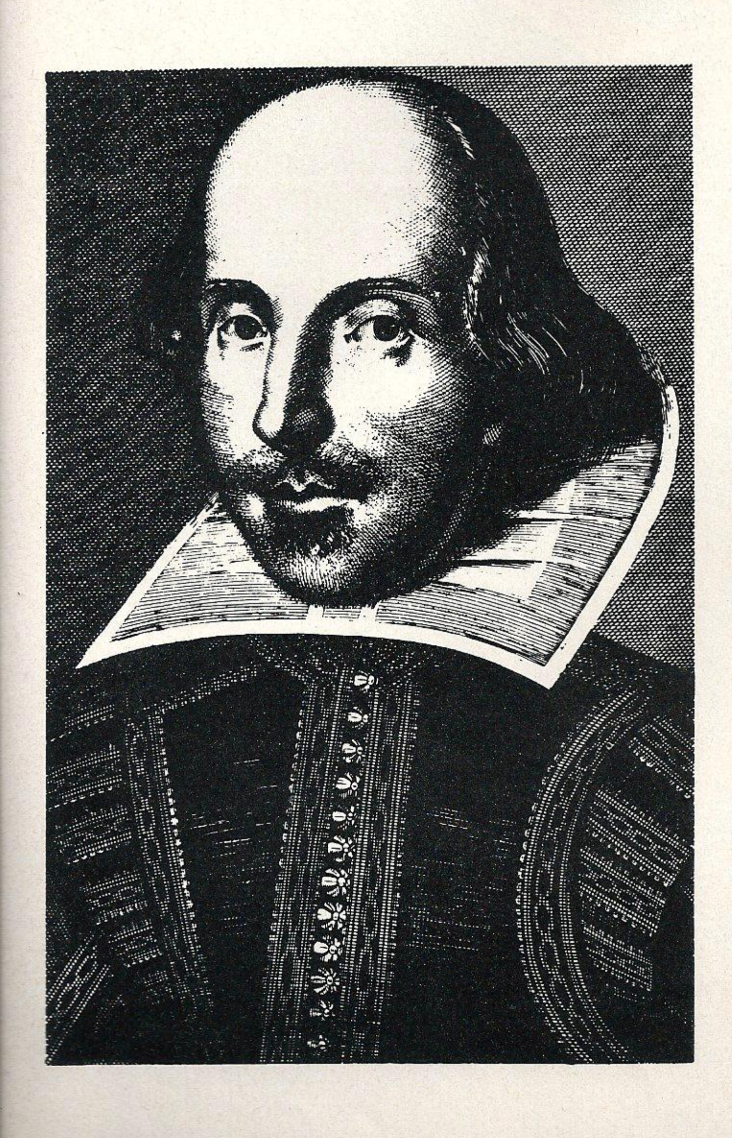
LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal a través de sus protagonistas

contiene la biografía completa e ilustrada de

Shakespeare

El más alto exponente del teatro isabelino; creador de las obras y personajes más famosos de la escena moderna.



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!



CENTRO EDITOR DE AMÉRICA LATINA

Publicación semanal

*

Periódicamente - y por una suma muy accesible - Ud. podrá canjearlos por magníficos volúmenes encuadernados.

Están en venta todos los números anteriores para formar la colección completa.

Conserve y coleccione los fascículos de

LOS HOMBRES de la historia

en perfecto estado *

Precio de venta	ARGENTINA: $ 140.-	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
	BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU: S/. 18
	COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO: $ 5	PUERTO RICO:
	COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90